

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, pasage Saulnier, número 4, en Paris.

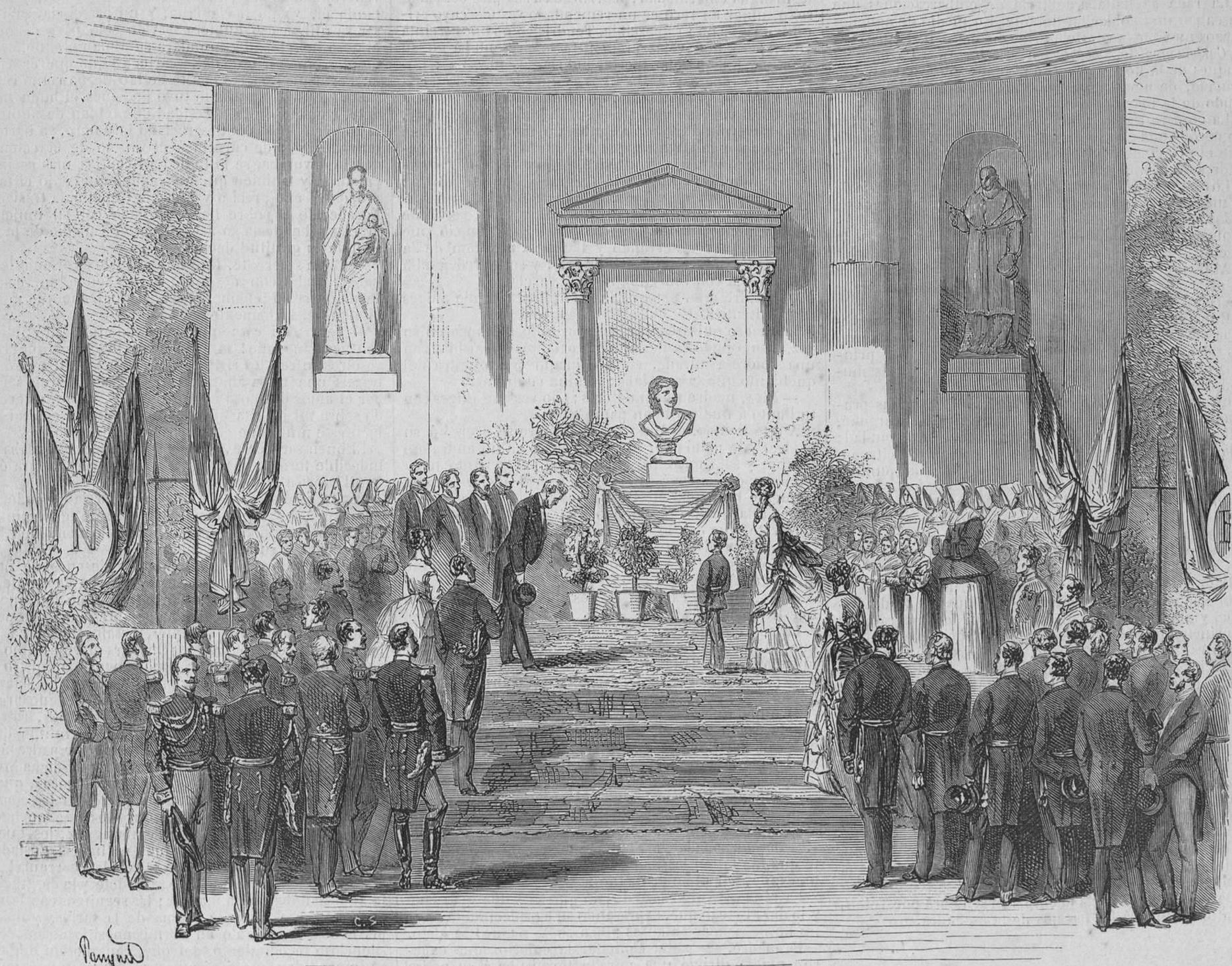
AÑO 28. — N° 872.

SUMARIO.

Viaje á Córcega de S. M. la emperatriz y del principe imperial; grabados. — La plegaria. — Viajes de verano: Una

visita á Nuestra Señora de Guadalupe. — El mundo y la inocencia. — Revista de Paris. — La nieta de Ruy-Perez. — El istmo de Suez; grabados. — Curiosidad literaria. — Teatro de la Galté: «La Gata Blanca,» comedia de má-

gia; grabado. — Las regatas anglo-americanas en el Támesis; grabado. — El bello ideal del matrimonio. — El baron Enrique Leys, pintor de Amberes; grabado.



Viaje á Córcega de la emperatriz y del principe imperial. — Tolon: recepcion de la emperatriz en el hospital de la Caridad.

Viaje á Córcega

DE LA EMPERATRIZ Y DEL PRÍNCIPE IMPERIAL.

Tolon.

El 26 de agosto á las cuatro de la tarde llegaron á Tolon la emperatriz y el príncipe imperial. Las autoridades municipales y departamentales, militares y marítimas, civiles y judiciales recibieron en la estación á los augustos visitantes, quienes despues de haber oido las felicitaciones del alcalde, pasaron á la catedral, donde les esperaba el obispo de Frejus y de Tolon á la cabeza de un clero numeroso. Para llegar á la catedral, la comitiva debió atravesar una inmensa muchedumbre que se apiñaba en los bulevares. En la puerta de la iglesia estaba una mujer que se abrió paso por entre la multitud y se arrojó á los piés de la emperatriz cuando Su Majestad acababa de apearse: la pobre mujer pedía el perdón de su marido.

La catedral estaba brillantemente iluminada y llena de flores que habian esparcido con profusion por todas partes.

Cuando la emperatriz concluyó sus devociones, se encaminó á la Prefectura marítima, siguiendo el paseo Lafayette, el bulevar de la Intendencia y la Plaza de Armas. Entonces comenzaron las recepciones, en las que naturalmente brillaron las señoras. El alcalde de Tolon recibió el encargo de dar las gracias á los *buenos toloneses* por su entusiasta acogida.

Llegada la noche, la emperatriz pasó á bordo del *Aigle*, y seguidamente empezó la fiesta veneciana que la municipalidad habia preparado. En una ciudad como Tolon, entre el azul del cielo y el del mar era imposible concebir mejor idea. Desde la dársena de la ciudad hasta el yacht imperial no se veía mas que buques iluminados con linternas venecianas y empavesados con ese arte particular que tienen los marinos. Todo aquello deslumbraba. Luego hacia un tiempo hermosísimo: la noche estaba serena y ni una arruga rizaba la superficie del agua.

Toda la poblacion estaba en pié, así como los muchos extranjeros que habian llegado á Tolon para estas fiestas.

La rada se hallaba cubierta de embarcaciones que paseaban una poblacion flotante. En medio de aquellos fuegos movibles y caprichosos se distinguian el *Luis XIV*, el *Carlomagno*, la *Devastacion* y la *Ceres*, así como los buques de la flota egipcia, que todos ellos habian iluminado, de modo que se destacaban sobre el sombrío fondo de la mar.

La emperatriz se hallaba en la toldilla del *Aigle* para no perder nada de tan bonito espectáculo, y lo mismo que el príncipe imperial, respondía afablemente á los vítores de la muchedumbre.

Los buques de guerra, la gruesa torre y la batería de la marina, no cesaron de disparar cohetes y fuegos de todos colores. En torno del yacht imperial habia diferentes orquestas, y para complemento de la fiesta, toda la ciudad de Tolon estaba iluminada.

Al otro dia, despues de haber visitado el hospital de Saint-Mandrier, la emperatriz desembarcó en el muelle de Tolon frente á las Casas consistoriales.

En cuanto el bote imperial, remolcado por una chupla de vapor, llegó en medio de la dársena, resonaron las trompetas de la ciudad, y la emperatriz y el príncipe imperial fueron recibidos por las autoridades municipales.

En la Casa de ayuntamiento tuvieron lugar las presentaciones urbanas. La hija de un adjunto, M. Margohé, felicitó á S. M. en nombre de las jóvenes de la ciudad; y las mujeres del mercado, despues de la felicitacion de rigor, hicieron un regalo que se llevó al punto á bordo del *Aigle*.

En un bonito canastillo de seda habia peces de la rada y conchas, sobre algas y plantas marinas.

Despues de estas recepciones la emperatriz visitó la *Crèche*, el Liceo, el Jardin de la ciudad y el hospicio de la Caridad.

Damos un dibujo que representa esta última visita, donde se ve la escalinata en que concluye el Jardin público y que conduce al hospicio. Aquí la emperatriz y el príncipe imperial fueron recibidos por los administradores, las damas religiosas, los chicos y chicas de los hospicios formados en torno del busto de la soberana. Una muchedumbre considerable habia acudido á este punto, y las aclamaciones debieron probar á la emperatriz que siempre es popular en Francia la caridad. La visita al hospicio fué larga. En la avenida principal del jardin estaban reunidas las escuelas municipales laicas y religiosas, y las escuelas libres de niñas. La emperatriz lo vió todo.

El Arsenal se reservó para la última hora, y allí fué la emperatriz antes de volver á bordo del *Aigle*, donde se habia preparado un banquete.

Otra vez hubo iluminación en la ciudad, y en medio de la fiesta el *Aigle* soltó sus amarras á las nueve de la noche para dirigirse hácia Córcega.

De vuelta de Córcega la emperatriz pasará por Tolon, y entonces tendrá los festejos de la escuadra.

L.

La plegaria.

Era una mañana de primavera en que apenas un ligero crepúsculo de color de rosa anunciaba la salida del sol; en el firmamento veíanse todavía resplandecer á las trémulas estrellas; las canoras avecillas dormitaban aun en sus nidos, y el fresco céfiro de la mañana, temeroso de despertarlas, se mecía blandamente entre el follaje con apacible murmullo. El ambiente que se respiraba, fresco y suave, hallábase impregnado del aroma de esas tiernas y delicadas plantas que solo confían á las amorosas brisas de la noche los tesoros de sus perfumes.

En mañana tan deliciosa, acompañado de mi fiel amigo Febo, hermoso perro de Terranova, salí al campo á disfrutar del espectáculo magnífico de la salida del sol; distraído gran rato en la contemplacion de la naturaleza, que se presentaba á mi vista adornada de sus mas esplendentes galas; no habia observado que mi fiel compañero, con signos muy expresivos, trataba de llamar mi atencion hácia un grupo como de dos ó tres personas que al pié de unos álamos se divisaba. Yo no sé qué presentimiento tuve, ni qué fuera en aquel instante lo que excitara tanto mi curiosidad, que dispuesto á saciarla, dirigíme sin ser visto y con la mayor precaucion á un puesto de perdiz que no lejos estaba, y desde donde sin ser observado podia perfectamente, no solo perder siquiera uno de sus movimientos, sino ni una sílaba de sus palabras.

Por lo que observé era una familia de jornaleros compuesta del marido, la mujer y dos niños, la mayor que tendria como unos siete años, y el mas pequeño de unos cinco. En sus caritas brillaba con toda su esplendidez el sol de la inocencia; sus blondos cabellos, medio enortijados, caian con descuidada sencillez sobre sus frentes, y á veces caian sobre sus ojos que brillaban con la mirada pura y tranquila de la infancia. Entreteníanse á la sazón en edificar con chinitas rústicas casillas, que al mas ligero soplo de la brisa derrumbábanse con gran pena de tan sencillos arquitectos. El padre debia hallarse enfermo, pues envuelto en una andrajosa manta, hallábase reclinado sobre el tronco de un árbol, y con lánguida mirada observaba el juego de sus inocentes hijos, y en su rostro pálido y demacrado, en la lividez de sus labios, en la apagada luz de sus pupilas y en sus manos descarnadas, notábase claramente que era presa de maligna enfermedad; acurrucada á sus piés ocupábase su mujer en recoser un remendado vestido cuyo primitivo color no se apercibía. Tendria como unos treinta años, pero una vejez prematura se presentaba en su frente, y una palidez mortal cubria sus mejillas; miraba á su esposo y á sus hijos, y un torrente de lágrimas surcaba su semblante, que trataba de ocultar para que no lo viese su pobre esposo. Desde nuestro puesto, sin atreverme á respirar, hubo un momento en que excitado por la angustia que me causaba aquella escena, aunque muda, tan patética, estuve para salir y enterarme prontamente de la desgracia que les afligia: en el momento que formaba esta resolucion, un suspiro escapado involuntariamente del afligido pecho de aquella pobre madre y esposa rompió el silencio, me hizo continuar observando y llamé la atencion de la niña que dejó sus inocentes juegos, y se acercó á ella y besándola con indecible ternura, exclamó:

— ¿Madre mia, por qué lloras? ¡Mira que me afliges con tu llanto!

La madre quiso hablar, mas los sollozos ahogaron su voz, y solo pudo contestar á las palabras de su hija con una dolorosa mirada, clara é inequívoca muestra del quebranto que la agobiaba; la niña continuó:

— Mira, madre mia, no llores; ¿no ves que afliges con tu llanto á nuestro buen padre?

A este tiempo, el niño medio lloroso se acercó á su madre, y le pidió pan; la madre buscó en un andrajoso zurrón, y solo encontró un pedazo, ¡era cuanto tenia para dar de comer á su esposo y á sus hijos! Y aunque pequeño, lo dividió en tres trozos dando uno al niño, y otro á la niña, y ofreciendo el tercero á su marido; pero este, que con los ojos arrasados en lágrimas habia observado la division, le dijo:

— Cómetelo tú; yo no tengo gana, la calentura me alimenta.

— No, si este es para tí, los demás tenemos todos nuestro pedazo.

La pobre mujer veía que aquel era el único alimento que les quedaba, y al pensar en ello, sin duda alguna, lo bañaba con sus lágrimas.

— ¡Cómo ha de ser! ¡exclamó el padre, ¡Dios es bueno!

El niño, que se habia alejado un poco, volvió corriendo, y dijo á sus padres:

— Por ahí viene un pobre ciego, guiado por un perro. ¿Qué le daremos?

Apenas pronunciadas estas palabras, el ciego se acercó.

— Señores, dijo con tono plañidero, quien quiera que seais, almas generosas, dad por amor de Dios una limosna á este pobre ciego que, mísero y desvalido, solo vive de la caridad de las buenas almas; mirad que siento que me faltan las fuerzas y muero de hambre; una limosnita, por el amor de Dios.

La niña sacó el pedazo de pan que se habia guardado y le dió al ciego que, expresando su agradecimiento con las hermosísimas palabras ¡Dios se lo pague! se alejó.

La madre, sin poder contener la emocion que experimentaba, dirigió una mirada tiernísima á su pobre hija, que no comprendiéndola, y creyendo sin duda que

la reprenderia por haber dado el pan único de que podia disponer para alimentarse, exclamó:

— No nos dices, madre mia, á cada momento: ¿haced bien á nuestros semejantes, que Dios es justo?...

— Si, hija mia, sí, y alabo tu generosa accion. Pero ¿qué comeremos nosotros? ¡Dios mio, compadeceos de mis pobres hijos, tened piedad de mi infeliz esposo!

Y al decir esto, la infortunada mujer lloraba amargamente. En esto en la aldea inmediata tocaban á la oracion del medio dia, y nuestra familia postrada en torno de su moribundo padre, rezaba la salutación angélica. ¡Oh, qué no hubiera yo dado en aquel momento por sentir bullir en mis venas el genio del artista para copiar aquel cuadro tan sublime y patético! ¡Qué no hubiera yo dado por ser poderoso de la tierra para haber aliviado aquella miseria, para haber cubierto aquella desnudez, y curado las llagas de aquel infortunio, pero ¡ah! el Poderoso entre los poderosos, el Señor de los señores y Rey de reyes veía tambien aquella escena. La oracion de aquellos ángeles debia subir sencilla y pura al trono del Altísimo; pero entre tanto, el pobre padre extenuado y desfallecido, falto de fuerzas y aliento, caía presa de un lánguido desmayo. Los niños al verle caer se arrojaron á él gimiendo, la infeliz madre, trémula y convulsa, le sostenía entre sus brazos á tiempo que un hombre cruzaba por el camino; imploró la desgraciada mujer su socorro, pero el hombre que la oyó, sin dirigirle siquiera una mirada compasiva, continuó su camino murmurando palabras descompuestas. ¡Oh, yo no podia resistir la sensacion que experimentaba, queria salir, y una fuerza superior inmovilizaba mi cuerpo, mis plantas estaban como clavadas en el suelo! ¡Oh, yo sufría horrorosamente; cuando sentí las pisadas de una cabalgadura, y alcancé á ver por el camino á un venerable anciano que, oyendo los sollozos de los niños y los tristes gemidos de la madre, dirigía apresuradamente la jaca en que venia montado, hácia aquel lugar de dolor.

¡Oh! ya respiré. Aquel santo varon era un sacerdote, ministro del Altísimo; al verle, ví en él la mano de la Providencia.

El buen sacerdote, con esa unción y mansedumbre verdaderamente evangélicas, carácter propio de los ministros de una religion de amor, se acercó al grupo prodigando toda clase de consuelos; de un frasco que llevaba hizo beber al infeliz jornalero, que poco á poco fué reanimándose y volviendo á la vida. Yo no sabia qué hacer; era mi mayor deseo tomar parte con aquel venerable anciano en su ejercicio de caridad, pero estando él, yo no hacia falta, y mi presencia, sobre no ser ya útil, acaso hubiera servido solo para disminuir el gozo inefable que inundara su alma en aquellos momentos, que atributo de la caridad es no querer ser vista. Permanecí testigo oculto de tan tierna como interesante escena, que pronto tuvo fin, pues el buen sacerdote, conociendo la necesidad que tenían de alimentos la mujer é hijos del desgraciado jornalero, ya harto extenuados y la de curarle á él mismo de la calentura que le devoraba, se lo indicó así con las mas cariñosas palabras, y tambien que no siendo aquel sitio el mas á propósito, era preciso y se hacia urgente la traslacion. Agradecido el pobre hombre, daba con su mujer las gracias y bendecía su accion, pero en medio de la efusion de su gratitud decia:

— Buen sacerdote, Dios que es justo os premie lo que habeis hecho con nosotros; pero ¿dónde quereis que vayamos, si no tenemos mas hogar ni techo que nos cobije que el firmamento?

— Teneis mi casa que es tambien vuestra; ella es ¡oh hermano mio! la posada de todos los que como vosotros sufren los rigores de la suerte; allí no encontrareis una mesa abundante, pero la hallareis servida por el amor de Dios: con que vamos, venid, os acomodo sobre mi jaquita y á ver cómo podemos colocar tambien este niño, que el pobrecito va descalzo.

El buen sacerdote acariciaba entonces y besaba con indecible ternura al inocente niño, que con pura é infantil sonrisa le miraba asombrado.

Por la lívida frente del jornalero corria un sudor frio que vino á mezclarse con las lágrimas de agradecimiento, única expresion, muda, sí, pero elocuentísima, que pudo dirigir á su bienhechor.

El sacerdote sacó un pañuelo, y despues de haber enjugado aquel sudor mortal, lo ciñó á la frente del infeliz jornalero, que turbado por la emocion que experimentaba, ni aun articular palabra podia. La pobre madre, arrodillada á sus piés, besaba su sotana y la bañaba con copioso llanto. ¡Oh! Era hermosísimo ver aquel cuadro, contemplar aquel augusto ministro del Señor practicando las lecciones de su divino Maestro, imitando su ejemplo; en el abundoso brillo que circundaba su rostro, cada vez mas puro y radiante, retrábase bien los inefables goces que en lo íntimo de su alma sentía. ¡Ah! ¡Vosotros que teneis por padre á un siglo escéptico, naufragos de la fe! ¡Desdichados de vosotros los que no conoceis estos puros goces, que al difundirse en el alma inundan de celestiales consuelos! ¡Oh! ¡Desgraciados de vosotros los que no habeis sentido los efectos de su santa embriaguez, los que no conoceis el esplendor de su luz, ni habeis gustado la suavidad de los perfumes que la caridad derrama!

Momentos despues el santo sacerdote y la desgraciada familia hallábanse en marcha; los seguimos con la vista hasta perderlos entre la bruma de la tarde, y todavia permanecí largo rato en el mismo sitio abismado en silencioso recogimiento, del que, cansado sin duda de su inmovilidad, me sacó mi perro empezando á ladrar con ahinco; dirigí una mirada de ternura hácia aquel

sitio, mudo testigo de una escena tan tierna, y me alejé en dirección á mi casa.

Pero faltaba sin duda algo para el complemento de la lección que me quería dar la Providencia, y como continuase ladrando mi perro con una inquietud que revelaba algo de extraño, traté de observar qué era lo que pudiera producirle aquella agitación, hasta que muy próximo al río divisé el bulto de un hombre ahogado en la ribera. ¡Dios mío! le reconocí al punto. Aquel hombre era el que por la mañana se había tan bruscamente negado á socorrer la indigencia; había sin duda tratado de atravesar el río, y este, que por aquel sitio era profundo, impetuoso sus aguas, le había envuelto entre sus torbellinos; su rostro medio magullado, presentaba un cuadro espantoso; los labios los conservaba contraídos como para producir una sonrisa furiosa y desesperante; ¡oh! ¡qué horrible debe ser la vista de un réprobo! Me alejé con horror de aquel sitio para noticiar á la justicia de aquella catástrofe, y ya próximo á la aldea, el crepúsculo vespertino me salió al encuentro, difundiendo por do quiera una luz mas llena de pureza que la aurora mas pura, y en lo alto de la torre de la iglesia, la sonora vibración de la campana, anunció al cristiano la oración de la tarde; acordéme de la oración de la mañana que con tanto religioso respeto rezara la familia del jornalero, y dije para mí: ¿Quién sabe si aquella fervorosa plegaria habrá traído sobre esa familia las bendiciones del cielo? Y en silencioso recogimiento elevé también mi plegaria, saludé á la Reina de los cielos, á la Emperatriz de los ángeles y querubines.

Algunos días despues del suceso que acabo de narrar, dirigíame como de costumbre con mi fiel compañero á recibir las gratas impresiones de una mañana de primavera, pues nunca héme cansado de admirar cómo la tierna flor abre su matizada corola al resplandor del sol, ni de contemplar el lago, en cuyas puras y límpidas aguas se refleja con tranquila pureza el azul del firmamento; ni el árbol con su pomposa corona de flores, ni el manantial que, deslizándose sobre doradas arenas, retrata en sus limpias ondas sus floridas márgenes, ni el ave que, revolando entre rayos de luz, gorjea dulcísimos trinos. ¡Oh! ¡qué deleite, qué sensaciones tan nuevas experimenta uno ante tales bellezas, ante tales maravillas! Y es que en esos momentos el alma humana percibe el contacto de la majestad de Dios, es que tales maravillas son irradiaciones de la vida eterna, es que el nombre de Dios se lee en los esplendores del firmamento como en los espectáculos de la tierra; el rugido de la tormenta lo anuncia, en la fragancia de las flores se percibe, en el susurro de las brisas se escucha, y el alba con sus rosadas tintas, como la noche con sus melancólicas sombras, lo pregonan. Extasiado vagaba á la aventura, como la liviana mariposa revuela de flor en flor, cuando mi buena suerte llevome al mismo sitio que pocos días antes fuera testigo de una escena la mas conmovedora.

Sentéme á descansar en el lugar que ocupara el jornalero, y como no podía menos de suceder, vinieron á mi memoria todos aquellos sucesos, y cuando bendecía á la Providencia en su misericordia, Febo que, á mis piés estaba muellemente reclinado, se levantó indicándome que alguien venia; y en efecto, por el camino pasaba alegre y regocijada la familia del jornalero; sí, era la misma, llevaba un borriquito cargado de provisiones, donde iban los dos niños risueños y juguetones como dos querubines. En el semblante de la madre, desaparecidas las huellas del dolor, reinaba la satisfacción y el contento; el padre, notablemente restablecido, mostraba en su rostro la tranquilidad del justo y dirigía á los niños palabras de cariño: ¡oh! ¡qué placer tan inefable experimenté al verlos. Yo los hubiera detenido para participar de su alegría, para dar, juntos, gracias á la divina Providencia, recordando al venerable sacerdote, y entonces no pude menos de exclamar:

— ¡Oh! ¡Dios mío, no hay duda, aquella plegaria ha traído sobre esta pobre gente las bendiciones del cielo!

J. V.

Viajes de verano.

UNA VISITA Á NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

Hendaya 26 de agosto de 1869.

— Ya están ajustadas las caballerías, señor Goizueta, y mañana á las cinco de la madrugada nos esperan en el muelle de Fuenterrabía.

— De modo que á las cuatro y media saldremos de aquí para poder llegar embarcados al muelle.

— Sí, señor; pero acuérdesese Vd. de lo que le he dicho: llevamos mujeres, y con ellas no hay que contar nunca á una hora fija, á no ser cuando se trata de ir á ver al novio.

— Mala opinion tienes de las mujeres, Fermin.

— ¡Oh! es que las conozco bien, señor: ocho años hace que me ocupo en pasar y repasar gente de Hendaya á Ondarraizu, á Irun, Fuenterrabía y otros puntos; doce años he estado á bordo de barcos de guerra y mercantes recorriendo las cinco partes del mundo; y siempre que hemos tenido que embarcar mujeres se nos ha retrasado la hora de salida, lo mismo aquí que en América y en Africa y en Asia: las mujeres son las mismas en todas partes.

— Pues yo te aseguro que mañana á las cuatro y media estarán aquí las que vienen con nosotros en la expedición.

— Dios lo quiera; pero verá Vd. como no llegan á tiempo.

Dicho esto, me saludó Fermin y nos separamos.

¿Quién es Fermin? preguntarán con razon mis lectores.

Fermin es un tipo digno de ser conocido.

Figúrense un hombre como de cincuenta años de edad, alto, moreno, delgado, de fisonomía muy agradable, sus ojos expresivos, locuaz á veces, otras veces taciturno.

Una barba gris sirve de marco á su rostro ovalado, que no revela la raza vascongada á que pertenece, por los signos característicos que la diferencian de las demás razas.

En su larga estancia á bordo ha adquirido el hábito de hablar en voz muy alta, que mas de una vez se habrá hecho oír á través del ruido del huracán y del estrépito de la jarcia sacudida por los vientos furiosos en medio de las tempestades.

Lo que desde luego llama la atención en este verdadero lobo marino, es su voz de un timbre argentino y de un diapason tan elevado, que causa sorpresa oírlo.

La vida de bordo, y los años que modifican ó cambian radicalmente la voz, no han influido lo mas mínimo en la de Fermin.

Este hombre, dedicado al canto, habria sido un tenor sin igual entre los tenores conocidos hasta el día.

Fermin es un hombre honrado, laborioso, muy servicial, de agradable trato, siempre dispuesto á complacer en todo cuanto se le pide: es padre de una familia numerosa, y su casa es un modelo de aseo y de bien entendida economía.

Desprendido en sumo grado, con él no hay discusión posible en materia de precios de viajes y paseos por mar; y si se le hace algun encargo, se eclipsa, despues de desempeñarlo fielmente, para evitar que se le remunerere.

Este es Fermin Barrenechea, hijo de un padre guipuzcoano.

Posee en propiedad la casa que habita, y es dueño de dos barquichuelos, uno llamado *L'Intrepide*, y el otro *Le Vidassoa*.

Cuando me permitia alguna broma relativa al pretencioso nombre del barquichuelo *L'Intrepide*, solia asomar á sus labios una sonrisa bonachona, contestando invariablemente:

— Con el *Intrepido* hago yo mas que otros con mejores barcos.

Y yo lo creo así, porque Fermin reúne las condiciones de un excelente hombre de mar, inclusa una sobriedad ejemplar.

Dicho se está, que el que quiera estar bien servido en Hendaya, debe valerse de Fermin.

A las cuatro y media de la mañana siguiente, toda la familia del marinero se encaminaba hácia Fuenterrabía, y luego trepaba á pié la montaña en cuya cúspide está situado el santuario.

A las cinco bajaba yo solo al embarcadero de Hendaya, en uno de cuyos escalones estaba Fermin sentado esperándome.

Apenas me vió se puso en pié, y sonriéndose socarronamente me dijo:

— ¿Y las compañeras de viaje?

— En casa las dejo, le contesté de muy mal humor.

— Estarán haciendo su *toilette*, repuso: ya le decia yo á Vd. que la mujer nunca llega á tiempo.

— Maldigo de sus *toilettes* y de sus arrumacos.

— No se enfade Vd., señor; la mujer prefiere quedarse en tierra antes que hacer un viaje por mar sin ponerse de veinte y cinco alfileres; las conozco bien. Además, cuando las mujeres son bonitas, tienen derecho de hacerse esperar.

— Sí, pero la marea es poco galante, y no espera ni á las bonitas ni á las feas, para subir ó bajar á una hora fija.

— Es verdad, y por eso propongo á Vd. que nos embarquemos los dos, y aprovechando la poca marea que nos queda, lleguemos al muelle de Fuenterrabía, enviemos las caballerías á la *Punta* para que esperen á las damas, que podrán llegar allí en baja mar, y prosigamos nuestro camino hasta que nos alcancen.

Fermin y yo pusimos á flote *L'Intrepide*, y empezamos á navegar con rumbo al muelle de la ciudad guipuzcoana.

Desde el centro del lago, y merced á mis gemelos de teatro que, dicho sea de paso, han dado pruebas de ser excelentes anteojos de mar, ví que por la empinada cuesta del Jaizquível subia á pié una numerosa caravana.

— Parece ser que tenemos quien nos acompañe en nuestra expedición: ¿qué gente es aquella que se dirige al santuario? pregunté á Fermin.

— Es mi familia que acude á cumplir un voto, como lo verificamos todos los años por este mes.

— ¿Y cuál fué el origen de este voto?

— Durante la enfermedad de mi difunta mujer, mi hijo mayor, que habita en Paris ordinariamente, hizo voto de mandar decir una misa en el santuario de Guadalupe todos los años, y de acudir toda la familia á pié, á oírlo y á encomendarnos á la Santa Virgen.

— ¿Y la familia de Ansoborlo también ha hecho el mismo voto?

— También: en un momento de grande aflicción la patrona de Vd. acudió á la Virgen de Guadalupe, como acudimos todos en nuestras tribulaciones: la Virgen oyó

sus ruegos, y en acción de gracias viene con su familia todos los años á oír misa al santuario. ¡Oh! Aunque la Virgen de Guadalupe es una Virgen española, todos los que vivimos en estas costas de Francia la queremos mucho.

La observacion de Fermin, hecha con una sencillez encantadora, me hizo sonreír.

— No lo extrañe Vd., señor, me dijo. Lo primero que ven nuestros ojos desde niños es la torre del santuario adonde vamos. Siempre que salimos á pescar durante las tempestuosas noches del invierno, al embocar la barra de Fuenterrabía, nuestras miradas se dirigen á la flecha de la torre de la ermita, y mientras nuestras barcas bailan sobre las encrespadas olas de la terrible barra, nuestros labios rezan una salve á la Virgen milagrosa. He navegado muchos años por todos los mares del mundo, añadió con voz grave: me he visto en muchos y muy duros trances; siempre me he encomendado á esa santa Virgen á quien vamos á visitar, y siempre he salido bien de todos los peligros. Despues, cuando al volver de alguna pesca peligrosa, ó de algun largo viaje, divisamos el Larum, primera tierra vascongada, luego el monte Haya y despues el Jaizquível, no nos creemos aun seguros: pero cuando doblamos el Cabo de Higer tropieza nuestra mirada con la humilde iglesia de allá arriba, ¡oh! entonces estamos ciertos de abrazar sanos y salvos á nuestros padres, á nuestras esposas y á nuestros hijos. La Virgen española nos guía en la oscura noche por entre las rocas de la costa; la Virgen nos protege con su omnipotencia del furor de las olas; y la Virgen nos acompaña con su dulce mirada y su inefable sonrisa, hasta los primeros escalones que hemos bajado hace diez minutos para embarcarnos en *L'Intrepide*: ¿y se extraña Vd. que nosotros, vascos franceses, amemos y adoremos á la Virgen de los vascos españoles, nuestro amparo de siempre, nuestra compañera perpétua desde que nacemos hasta que morimos?

Una lágrima que brilló herida por los rayos del sol naciente, rodó silenciosa por la morena megilla de Fermin: yo me sentí profundamente conmovido.

El marinero se quitó la boina; soltó los remos; sus labios murmuraron una plegaria, y yo rogué también.

Luego, empuñando los remos, volvió á bogar vigorosamente.

El lago parecia una planicie de oro bruñido: los rayos del sol lo herian al soslayo: su superficie mansa y tranquila apenas la rizaban algun alegre *corcon* que saltaba á caza de mosquitos, el roce del ala de una golondrina juguetona ó de algun *courlis* de patas rojas y agudo pico.

El lago permanecía silencioso en aquella hora temprana: alguna lejana campanada del alba interrumpia el solemne silencio; y de vez en cuando, en alas de leve brisa llegaba á nuestros oídos el majestuoso ruido de las olas, que, como bandadas de caballos salvajes de las sábanas de América, corrian en tropel sacudiendo sus blancas crines por la acantilada barra.

— ¿En qué piensa Vd? me preguntó Fermin de repente.

— Pienso en lo que me has dicho y en lo que estoy viendo.

Fermin repuso sonriéndose con malicia:

— Si las señoras mujeres dejan que un rizo de sus cabellos caiga un poco mas que el otro, ó que falte un alfiler al pliegue de su vestido, dentro de una hora verá Vd. desde Guadalupe otro espectáculo mejor.

En esto *L'Intrepide* tocó en el muelle de Fuenterrabía, en donde vi tres caballos cabizbajos y pensativos, con un jaez que hacia ya muchos años que no veian mis ojos.

Consistia aquel en dos sillas sin respaldo que colgaban de ambos lados de la cabalgadura: una tabla pendiente de cuerdas á la silla, servia para apoyar los piés del que se sentase en ella: este aparejo descansaba sobre un baste ó albarda, cubierta con una colcha de cama.

Este jaez se llama *kartola* en la montaña de la Navarra española y *carcolet* entre los vascos franceses.

Una hora despues, una alegre cabalgata subia la abrupta cuesta del Jaizquível, ya escondiéndose en las quebradas pobladas de castaños, ya asomando en el sendero trazado sobre el lomo de una de las estribaciones de la montaña.

Fermin, derecho como el mástil de una fragata, caminaba á la cabeza, llevando gravemente en brazos una preciosa niña de cuatro meses, hija de la dueña de mi casa, la señorita Graciosa de Ansoborlo.

Seguia despues la señora citada con una prima suya, María, lindísima señorita, institutriz de Behovia, que con su muy agraciada hermana María, acudió á la romería.

En pos de estas dos señoritas caminaba una persona muy querida para mí, en compañía de Mariana; cerrando la marcha la niñera de la señora de Ansoborlo y un servidor de ustedes.

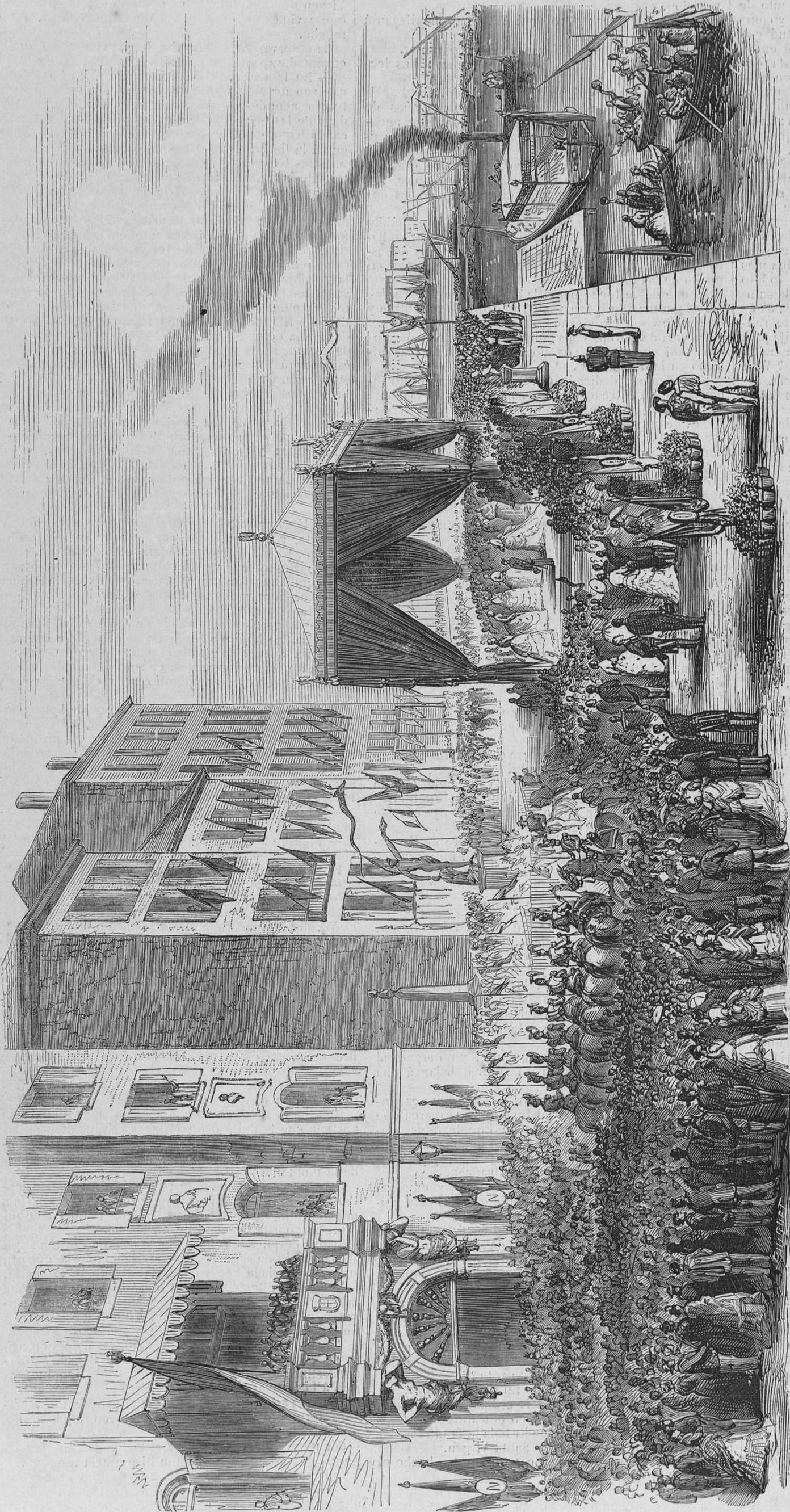
Excuso decir que sin la tardanza de las damas en acicalarse, á las cinco y media hubiéramos llegado á nuestro destino: eran las siete y media cuando desmontábamos á la puerta del santuario.

Por mi parte puedo asegurar que padecia un verdadero tormento mientras fui sentado en aquella silla microscópica.

Por muy pintoresco que sea el viajar de aquella manera, confieso que á mí no me hizo gracia ninguna.

Entramos en el templo.

Este es humilde: se compone de un solo cuerpo: dos altares á los dos lados del testero, y en el centro un precioso retablo de madera perfectamente tallada, en



Viaje á Córcega de la emperatriz y del príncipe imperial. — Desembarco en Tolon.

cuyo centro campea la milagrosa imágen de Nuestra Señora de Guadalupe.

En la sacristía hay un cuadro, quizá de los mejores de Bassano, que representa episodios de la vida de la Virgen.

El cuadro está bastante deteriorado.

Oyóse el repicar alegre de la campana, y salió el sacerdote á celebrar el santo sacrificio de la misa.

Fermin, colocado en el centro de la iglesia, arrodillado é inmóvil, parecía una de esas estatuas de mármol que se ven en los sepulcros de los siglos XV y XVI.

La que muy en breve será la compañera de su vida, estaba mas cerca del altar, y á su lado los siete hijos de Fermin, colocados de mayor á menor, todos silenciosos y reverentes.

Al otro lado, la señora Graciosa de Ansoberlo, con su niñera y sus dos hijos; luego sus dos primas, las hermosísimas María y Mariana, preciosas perlas del Pirineo francés, escondidas y ocultas en el último rincón del imperio vecino.

Luego mi querida hija y á su lado el que escribe estas líneas.

El espectáculo era conmovedor.

Lejos del bullicio del mundo; elevados á muchos centenares de piés sobre el nivel del mar; envueltos en una atmósfera pura; aquel templo solitario y sencillo; aquel solemne silencio de la naturaleza; aquel cielo azul y trasparente, aquel sol magnífico cuyos rayos vertían raudales de luz dentro de la humilde iglesia; aquel recogimiento de los que asistíamos á la misa; aquel sacerdote, jóven aun, que elevaba al cielo la inmaculada y sacrosanta hostia consagrada... formaba un conjunto que no se describe, si no lo sienten todo corazón católico.

Concluida la misa me paseé por los alrededores evocando recuerdos.

En la cima inmediata al santuario dió fin la batalla del-11 de julio de 1836, de la que hice mérito en mi artículo descriptivo de Fuenterrabía.

Donde á la sazón apacentaba tranquilo rebaño, y donde estábamos sentados Fermin y yo, corrió aquel día abundante sangre humana: el estampido de las descargas de fusilería, los ayes de los heridos, el ruido seco que produce el cuerpo humano al caer muerto en tierra, los repeticiones los ecos de la montaña, sobre la cual estábamos sentados.

¡Desventurada patria mía! exclamé: ¿cuándo querrá Dios que goces de paz y tranquilidad?

— Mucho tiempo pasará antes que eso suceda: contestó Fermin con acento sombrío. Anteayer estuve en San Juan de Luz, hoy poblado de españoles. ¿Qué ví allí? Los españoles divididos en grupos, dirigiéndose unos á otros miradas suspicaces ó rencorosas. ¿Qué ví en Biarritz y Bayona? Lo mismo. ¿Qué veo en estos pueblos fronterizos? Lo mismo; siempre lo mismo donde quiera que hay españoles. ¡Pobre España!

Estreché entre mis manos la callosa mano del marino, y ambos nos dirigimos al santuario.

La construcción de este edificio se remonta á los primeros años del siglo XIV.

Incendiado y destruido muchas veces, se reedificó en 1641.

La torre es moderna, puesto que como he consignado en mi artículo sobre Fuenterrabía, la ha construído el actual vicario de aquella ciudad, don José Joaquín Ollo.

Consta la torre cuadrada de tres cuerpos.

En el tercero hay un balcón saliente que da vuelta á la torre: sobre este cuerpo se halla la gallarda y atrevida flecha con que concluye el edificio.

Colocado en el balcón se despliega á la vista del espectador uno de los panoramas mas bellos que pueden imaginarse.

Todos los accidentes del terrero que media desde el Cabo Higüier hasta los piés del Haya, forman una llanura unida mirados desde aquella elevación.

Es un inmenso y verde tablero de ajedrez, en cuyas casillas se ven, como los peones de aquel juego, blancos caseríos.

Las piezas las forman tal cual torre de un pueblo escondido en los pliegues de algun valle risueño.

A lo lejos se ve el altísimo Larum, sobre cuyo pico, y á favor de mis anteojos, se divisaba la blanca pirámide que sirve de límite á Francia y España.

Una cinta de deslumbradora blancura se extiende con rapidez vertiginosa culebreando por entre arboledas y quebradas: es el humo de las locomotoras que corren veloces por el ferro-carril franco-español.

Una llanura angosta y de color amarillento se extiende sobre el mar: es la playa de Ondarraizu; y aquellos puntos negros casi imperceptibles que surean la llanura citada, son grupos de bañistas que se preparan á lanzarse al mar.

Recorriendo la costa se ve Socoa, con su fortaleza, Biarritz con sus blancas casas sobre las rocas, como bandadas de gaviotas que reposan á la orilla del mar; luego la alta torre del faro; despues, allá muy lejos, una mancha negra que la forma el interminable pinar con que se cubren las Landas; y de vez en cuando un punto blanco, que quizá es Dax ó Mont de Marsan.

A la espalda, el infinito, es decir, el inmenso Océano con sus calmas apacibles y sus frescas brisas, sus huracanes y montañas de olas.

Despues de contemplar largo rato aquel mágico espectáculo, toda la caravana emprendió á pié la bajada del santuario.

Una hora despues nos embarcábamos en la Punta de Fuenterrabia con rumbo á Hendaya, adonde llegamos en extremo complacidos de nuestra excursion.

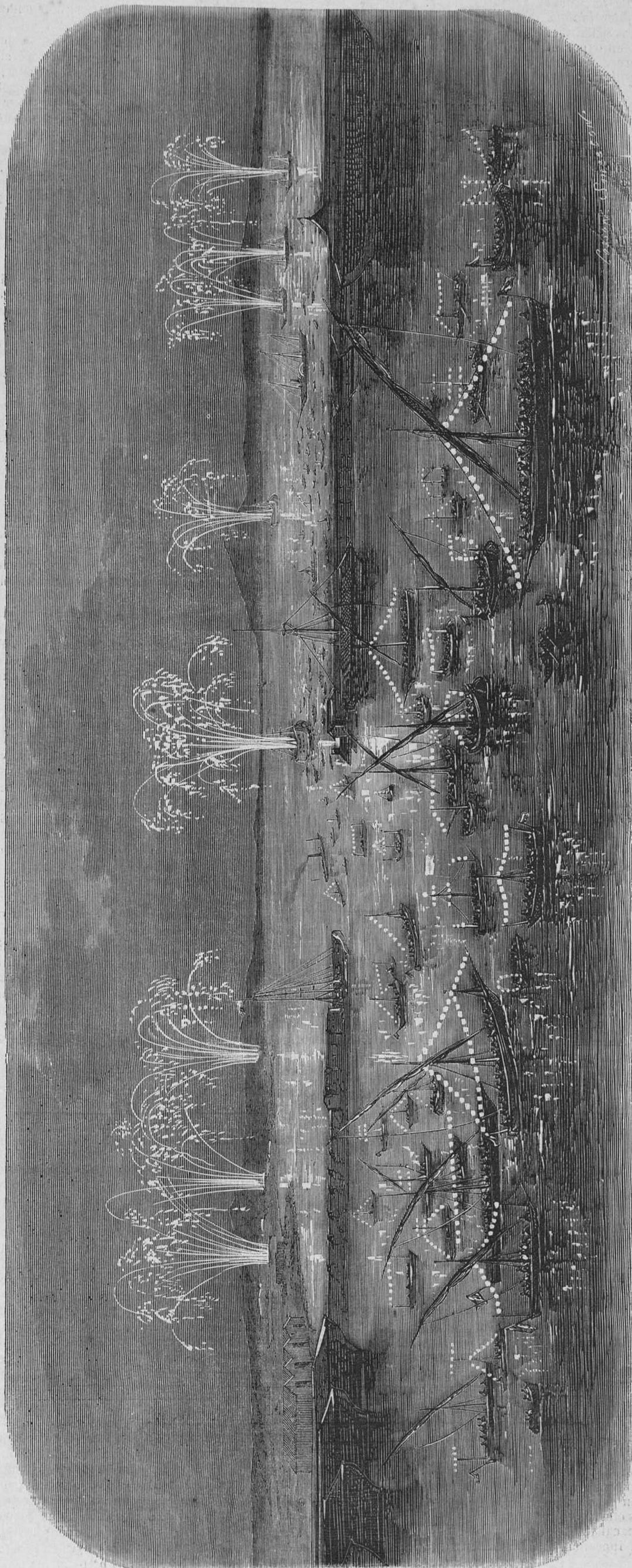
José M. DE GOIZUETA.

EL

Mundo y la inocencia.

¡La inocencia! ¡Qué hermosa es la inocencia! Ignorancia dulcísima del mal, hace un ángel al bienaventurado mortal que no la pierde. Con ella crió Dios al primer hombre, y solamente con ella le era dado vivir siempre feliz; y porque la perdió, arrastra hoy una vida de gemidos, que no solo nos llevan á todos á la muerte, sino que para muchos desgraciados se prolongan y aumentan por toda la eternidad. ¡Tan preciosa es su conservacion y tan lamentable su pérdida! Con ella la vida es un concierto de armoniosos sonidos, de cadenciosas notas, de inalterable paz; no se siente el dolor ni la amargura, y un paraíso de delicias ofrece sus hechizos al alma, que desconociendo el dolor y la mentira, solo sabe levantar hasta el cielo su cándida mirada, para ofrecerse pura en manos de su autor.

La inocencia es un gracioso niño en sus primeros pasos. Mirad su rostro cuál le dora el candor, ved en sus ojos asomar la pureza; sus tiernecitos labios parece que al respirar nos envían fragancia; su pecho virginal late tranquilo; su alma nada en plácida alegría, imágenes, gracias le



Viaje á Córcega de la emperatriz y del príncipe imperial. — Tolon: Iluminacion de la rada.

sonrien; dorados ensueños le entretienen, y el encanto, cuyo reflejo mira por doquiera, desliza sosegadamente su existencia. Y es que la inocencia dirige al hombre en sus dias recientes, en esos dias que tan digno objeto es de la complacencia de Dios. *Sinite parvulos venire ad me: (1) dejad que los niños se acerquen á mí,* decia el Inocentísimo Cordero con inefable ternura, expresando así la gran predileccion que le merece por su precio imponderable la inocencia. Ellos, los párvulos, son principalmente los adornados con tan rica joya. ¡Dichosa edad la del niño

Mas ¡ay! que tarda poco en hacerse escuchar una voz vialadora y homicida que le dice con sirénico canto: « Déjate de ilusiones; ven conmigo, yo voy á conducirte á la posesion de un verdadero cielo: no sabes el poema de placer que estás llamado á gozar en la vida que te ofrezco: ignoras cuál sea esa vida, yo te la enseñaré: toma, prueba esa fruta y la conocerás. » Así habla el mundo al indefenso niño, que sintiendo agitarse su pecho por la primera vez, retrocede espantado, llevando ya en su corazon introducido el áspid venenoso que le tienta á extender la mano para coger la fruta. Pero aun vacila y el mundo sin compasion despliega su satánica astucia, y hace alarde de tronchar con su fuerza tan delicada caña; ve su vacilacion, y endulza mas su acento. « ¿ Por qué temes, le dice, saborear los manjares que te presento? ¿ No ves que tu timidez es ridícula? ¿ Te figuras morir? No: de ninguna manera morirás; al contrario, se disipará tu ignorancia, y sabrás el bien y el mal; serás como Dios, eritis sicut Dii. » (2) Y el inocente gusta entonces la fruta y se hace criminal; se mira á si mismo comprendiendo su falta y se encuentra desnudo como Adán cuando prevaricó. Ya la inocencia huyó, quedando en su lugar el triste conocimiento del pecado, que le atrae nueva y continuamente hácia sí con el recuerdo del efimero deleite que sintió al practicarle.

Nacida la inocencia entre las caricias del suave ambiente que oreaba el paraíso; cuán difícil es conservar su lozania trasplantada á esta tierra maldita, expuesta de continuo al viento agostador en que el mundo se ahoga! ¡Qué perverso es el mundo y cuán pernicioso y nocivo su contacto! ¡Feliz una y mil veces quien sabe precaverse del soplo abrasador con que el mundo marchita envidioso las mas aromáticas flores que perfuman el corazon antes de dar oídos al lenguaje fascinante de aquel! ¡Desgraciado el que incauto se detiene y oye su infernal oratoria! El eco de la serpiente que arrebató el trono de reyes á nuestros primeros padres, arrojándoles en la mas irremediable y dolorosa miseria, viene repitiéndose de una manera idéntica por los labios del mundo. ERITIS SICUT DII: SEREIS COMO DIOS, fueron las mágicas palabras que lanzó hecho astillas el cetro de eterna felicidad, prometido al humano linaje en el primer hombre, con la sola y leve condicion de no comer de un género de fruta que encerraba la muerte. « De ligno

(1) Matt. c. XIX, v. 14.
(2) Gen. c. III, v. 5.

scientiae boni et mali ne comedas; in quacumque enim die comedis ex eo, morte morieris: Del árbol de la ciencia de bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, morirás;» Y esas mismas palabras, ERITIS SICUT DII, proferidas con incitante acento por el mundo, disipan en el corazón del hombre los restos preciosos que le han quedado de aquella antigua grandeza tan malhadadamente perdida.

Los restos, sí; porque restos, ó mejor, ruinas y escombros es el hombre relativamente á lo que debia ser. ¡Restos y escombros que acaban por pulverizarse al mas leve oreo del aliento emponzoñado del mundo! Prodigale este frases lisonjeras que alimenten su orgullo; muéstrale con desmedida alabanza los monumentos de su poder; hácele hinchado, ampuloso y soberbio como él; admira el mundo las gracias naturales, la hermosura y belleza que pródigo el Hacedor esculpe en la criatura; pondera esas cualidades que mira secretamente como presa sabrosa de su corrompido deseo; para lograrlo se lo dice al oído sin rebozo, con cínico descaro, porque inocente, no alcanza á descubrir su traidora intencion; acude á las riquezas, distinciones y honores; muestra á su víctima el seductor panorama de un porvenir cuajado en la apariencia de delicias sin fin, de interminables goces, de placeres eternos: mas allá, en medio del ruidoso festin á que invitada asiste, cuando mas le parezca que á su derredor sonríe todo, todo es animacion, vida y encanto; el beso de la muerte, frio, congelador, traerá á su memoria una verdad que el mundo la ha ocultado ó héchola olvidar con mentidas promesas: «*memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Acuérdate que eres polvo y á polvo has de volver.*» Polvo, y nada mas que polvo es el hombre; y polvo, y nada mas que polvo, es todo lo que tan entusiastamente el mundo adora en él. Nunca pasa de ser pobrísimo átomo, tanto mas pobre, cuanto mas atiende á los halagos y seducciones que el mundo pone en juego, fiel á la bandera de exterminio que ha colocado en sus manos el infierno, para gozarse en la completa é irreparable destruccion de la obra predilecta del Criador Supremo.

Y no queremos pisar con esto los justos títulos de consideracion y respeto que por sus facultades intelectuales tiene el hombre, ni pretendemos quitar á la belleza su atractivo, ni á las riquezas su legitima estima. Lejos, muy lejos de eso, señalamos el tormentoso huracan que levanta sobre un trono de adulaciones ese patrimonio, legado á la criatura por un acto libérrimo del que es fuente inagotable de todo bien, para arrojarlo luego entre lodo, y escupirlo, y ajarlo, y derrocharlo, y aniquilarlo completamente. El mundo es el orgullo y la soberbia, el orgullo y la soberbia el vacío y la nada.

Cierto es sin duda que las virtudes intelectuales del hombre son muy grandes, y que tratándose de cosas que estén á su alcance, puede gloriarse de someterlas al dominio de esa centella divina que oscila en la cabeza del mortal, y apellidamos inteligencia; su fuerza es prodigiosa; asombra la osadía de sus investigaciones; pasma lo portentoso de sus descubrimientos; porque no encuentra obstáculos que no supere; porque cuanto mas árduo se le presenta el fin propuesto, tanto mas acrecienta su indomable animosidad, acomete atrevida, lucha incansable y vence ufana poniendo de manifiesto los arcanos entre cuya oscuridad se oculta el objeto de su afán. Sí; el entendimiento, recorriendo el vasto horizonte de la inquisicion, bien que sufre á cada paso desengaños terribles que patentizan su inmoderado vuelo; recoge preciosidades, descubre pastos amenos, donde la humanidad respira la luz y la verdad. Ora se remonta hasta ese mundo de luminosos globos, ora descienda á las entrañas de la tierra, ó ya camine, por decirlo de una vez, por todos los senderos del saber; encuentra nuevos principios, halla los puntos de contacto que los relacionan, hace nuevas aplicaciones, transforma, perfecciona y edifica, dejando en las ciencias y en las artes el mas irrecusable testimonio de su señorío sobre todo lo creado. ¡Tal ha sido la prodigalidad de Dios para con el hombre! ¡Así su corazón bondadoso, abriéndose entre latidos de amor, ha regalado al hombre una chispa de su sabiduría infinita, de su mando omnipotente! Al hacerle miró primero su divina imagen, y en su consejo determinó formarle segun ella. «*Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram: hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.*» Y despues de enriquecer su alma con tan grandes facultades, engalana su cuerpo imprimiendo en sus formas la elegancia y gallardía, y dibuja los matices de la hermosura en su semblante, y le rodea en fin de atenciones, dándole para su uso y regla todo un globo preñado de tesoros. Pero el mundo le hace desconocer ingrato la mano bienhechora, y que soberbio lo crea todo suyo; y no bastándole la realidad de tal magnificencia, la encomia y engrandece hasta el absurdo, haciendo en su locura un Dios del hombre, para que en vez de bajar su frente con religioso amor ante padre tan bondadoso, y adorarlo, la alce impio y atrevido contra él, y le niegue sus derechos é ignore su nombre, y solo á sí mismo se dé culto, divinice el placer y fije su felicidad en el contentamiento de ardorosas pasiones, de nefandos deleites, de insaciables deseos. Y entonces ¿qué le queda de tan decantado poder? ¿Merece así llamarse lo que el mundo transforma en combustible? ¿Y qué mas despues de esto? Sombras eternas, gritos desesperados, agonía sin fin, infierno inacabable. Esto es lo que da el mundo en cambio de la inocencia que nos roba.

MANUEL PEREZ MARTINEZ.

Revista de Paris.

El domingo último se inauguraban en Chantilly las carreras de caballos del otoño, con una excesiva escasez de espectadores. Se conocia que los aficionados ausentes de Paris no habian acudido esta vez el llamamiento, como han hecho otros años. No lo extrañemos: Baden en el mes de setiembre opone una formidable competencia á todas las fiestas de esta clase. Luego estamos tambien en los primeros dias de la caza y en el tiempo de las vacaciones, y toda esa gente dispuesta á aprovechar las ocasiones de cambiar de aire que ofrecen los domingos, se encuentra á la hora presente muy diseminada. A mayor abundamiento, el tiempo que hacia el domingo no era el mas propio para convidar á los parisienses disponibles á salir al campo. Desde por la mañana se desencadenó un huracan que ha causado algunas desgracias personales y daños sin cuento en los edificios. Las chimeneas, las techumbres han sufrido averias considerables. Las calles estaban sembradas de restos de pizarras, de vidrios y fragmentos de chimeneas. Muchos árboles de los bulevares y de los paseos han quedado fuera de servicio, y tambien han volado una porción de faroles. Era pues, mucho mas prudente el domingo estarse en casa que salir al campo, y aun á la calle.

Tenemos que hablar hoy á nuestros lectores de una cuestion que desde hace dos años está llamando altamente la atencion en el mundo científico y extranjero, y que de repente ha venido á tomar un carácter de todo punto inesperado.

No nos es posible hacer la historia completa del asunto, porque seria demasiado larga é intrincada, y lo único que haremos será señalar con brevedad los antecedentes para que se comprenda toda la gracia cómica del desenlace.

Tratábase de arrebatarse á Newton la gloria que cubre su nombre en favor de Pascal, y para esto se habian producido cartas en la Academia de ciencias, de Pascal, de Galileo y de Newton, que eran objeto de interminables discusiones.

M. Chasles era el descubridor de esta correspondencia, cuya autenticidad se negaba; y cediendo por fin á los ruegos de su familia y sus amigos, se decidió á hacer pesquisas sobre el vendedor de aquellas cartas, pesquisas que han producido la prision del vendedor, que ha sido acusado de falsario.

Veamos cómo M. Chasles se ha explicado sobre este punto ante la Academia en la sesion del 11 de setiembre.

«Cuando en los primeros dias de julio de 1867 tuve yo la honra de comunicar á la Academia ciertos documentos que pröbaban que Pascal habia conocido las leyes de la atraccion, y que hasta habia tenido relaciones con el jóven Newton, no obraba con precipitacion, pues en noviembre de 1861, un individuo que se llamaba archivero paleógrafo y que hacia el comercio de títulos genealógicos, me proporcionaba aquellos documentos de parte del poseedor que queria ponerlos en venta.

«Yo conocia la importancia de estos documentos, y como sabia además que no tenia en mis manos toda la coleccion, instaba para que me la entregasen enteramente; pero me respondian que el que la habia traído de América, adonde la llevaron en 1791, se complacia en recorrer aquellos documentos y no queria deshacerse de todos ellos á la vez. Así pues, cuando M. Le Verrier en la sesion académica del 29 de agosto de 1867, me pidió que dijera quién me proporcionaba los documentos, hube de negarme á satisfacerle, pues en otro caso no hay duda que se habrian hecho al vendedor mejores proposiciones que las mias, lo que podia comprometer la suerte de esos documentos que yo creia preciosos. Tampoco podia decir que los miles de piezas que ya estaban en mis manos eran las únicas de la coleccion. Este crecido número de los documentos, así como tambien los nombres de sus autores, la variedad de las materias científicas, literarias, artísticas é históricas que en ellos se trataban, no me dejaban ninguna duda sobre la autenticidad de su contenido...»

«Hallábame pues, lleno de confianza en aquellos papeles. Sin embargo, las observaciones que se han hecho en Florencia sobre la carta de Galileo del 5 de noviembre de 1639, de la que envié una fotografía, despertaron mi atencion y comenzaron á inspirarme recelos que me indujeron á tomar distintas precauciones; hasta solicité del señor prefecto de policia una vigilancia bastante activa para descubrir la pista del verdadero depósito de los papeles que me estaban vendiendo.»

Con efecto, la vigilancia se estableció y ella ha motivado la prision del vendedor, segun hemos dicho.

Practicado un registro en casa de este caballero de industria, no se le encontraron los documentos que se creia; pero sí se le arrancó la declaracion de que era él quien los fabricaba.

Nada mas explícito que sus declaraciones. Desde 1861 hasta la fecha ha fabricado mas de 20,000 documentos que vendió á M. Chasles por una suma importante, veinte ó treinta mil pesos, dicen los diarios.

Nada mas curioso que la nomenclatura de estas piezas. Cedamos otra vez la palabra á M. Chas

«Además, dice, los numerosos escritos de Galileo, Pas-

cal, Luis XIV, Labruyère, Molière, Montesquieu, y otrosen menor número de Bouilliau, Marcotte, Rohault, Fontenelle, Maupertuis, Bernouille, Saint-Evremont, Madama de Sevigné, Etienne Pascal, Madama Perier, su hermana Jacqueline, y otros personajes, poseo dos mil cartas de Rabelais, muchisimas de Copérnico, Cristóbal Colon, Cardan Tortoba, Ramus, Bridé, Grolier, Calvino, Lutero, Scaliger, Dolet, Maquiavelo, Miguel Angel, Rafael, Carlos Quinto, etc., todas dirigidas á Rabelais; otras con poesias de su amigo Clemente Marot; misterios inéditos y muchas poesias de Margarita de Angulema; cartas y poesias de Maria Estuarda; centenares de cartas de Montaigne y de Shakspeare; otras de Cervantes, del Tasso, etc. Remontando mas allá del siglo XVI citaré numerosas piezas y poesias del Dante, de Renato de Anjou, del Petrarca y de Laura, de Villiers, de Carlos de Orleans, etc.; muchas de reyes, Felipe Augusto, San Luis, Felipe el Hermoso, Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Inés Sorel y Brantôme, etc., etc.»

M. Chasles se pregunta con admiracion (el caso no es para menos) ¿cómo el mismo individuo habia compuesto, además de las piezas científicas y otras que conoce la Academia, todas las cartas y poesias del Dante y las del Petrarca particularmente? Es imposible suponer que las ha tomado de obras impresas que no contienen mas que piezas en italiano.

El falsificador no se andaba con chiquitas; la coleccion principia en los primeros tiempos de la era cristiana, y aun antes, pues hay algunas cartas y muchas notas de Julio César y de los emperadores romanos, de los apóstoles, de San Gerónimo, Gregorio de Tours, San Agustin, etc., de muchos reyes merovingeos, etc.

El origen de este tesoro, segun los mismos documentos, es el siguiente:

La abadía de Tours era muy rica en monumentos antiguos, y Rabelais que conocia el valor del tesoro, sacó permiso para hacer copias y traducciones de muchos miles de documentos. Esta coleccion vino á ser propiedad del intendente Foucault, miembro de la Academia de inscripciones, que ha fallecido en el siglo último.

M. Chasles concluye diciendo:

«Es seguro que la composicion de todas estas piezas, si no son originales, ha debido exigir un largo trabajo y numerosos materiales. Y si se considera que tratan de materias tan distintas, no se puede creer que sean obra de un solo individuo, que no sabe el latin, ni el italiano, ni las matemáticas, ni ninguna de las otras ciencias tratadas en esta serie de documentos.»

El honorable académico piensa que hay que aclarar un misterio; dejémosle este consuelo en la increíble mistificacion de que ha sido víctima.

Pasemos á otro asunto.

Mas de una vez hemos hablado en estas revistas de la expedicion al Polo Norte proyectada por un intrépido navegante francés, M. Gustavo Lambert que, al cabo de extraordinarios esfuerzos que conocen tambien nuestros lectores, ha logrado reunir los 600,000 francos que necesita para su empresa.

M. Gustavo Lambert ha excitado grandes simpatias en el mundo científico, que se ha interesado particularmente para que pueda dar cima á su obra.

Hace años ya estuvo en las cercanias del Polo, y á consecuencia de este último viaje resolvió organizar una expedicion particular, dirigida á descubrir por una nueva senda las aguas y tierras ignoradas, cuya existencia describe ya en conferencias muy entretenidas, y que le ayudan á recoger la cantidad indispensable para su viaje.

Sabido es que en el pasado siglo y en el actual se han hecho numerosas y vanas tentativas para llegar hasta el Polo Norte. Proponiábase la mayor parte de estas expediciones encontrar un paso directo y comercial desde el Atlántico al Pacifico, por el noroeste ó por el nordeste, y despues del triste desenlace de la de Franklin y del regreso de las que se mandaron en su busca, pareció abandonarse todo proyecto.

Sin embargo, en 1865 se propuso otra probatura en Inglaterra: el itinerario era por el estrecho de Smith al Norte de Groenlandia; pero el geógrafo alemán Augusto Petermann aconsejó con preferencia la via entre Spitzberg y la Nueva Zembla, y el plan no pasó adelante.

M. Gustavo Lambert toma una direccion enteramente nueva: parte del estrecho de Behring para llegar á la Polinia, mar que se considera libre, y desde allí al Polo Norte, trazado que ha merecido los sufragios de las personas mas competentes.

El célebre Augusto Petermann escribia recientemente aprobando el proyecto del explorador y asociándose á él por medio de una suscripcion: «Es triste que en nuestros dias los gobiernos de las naciones mas civilizadas que poseen numerosos buques, y los hombres y el dinero necesarios para las expediciones marítimas de esta clase, no empleen todas estas riquezas mas que como máquinas de guerra y medio de destruccion, y se nieguen á tomar parte en esas grandes obras de paz y civilizacion. Es un baldon para una generacion tan activa y tan rica comparada con la de las épocas anteriores bajo el punto de vista material, que no conozcamos tan poco la tierra que habitamos, y que un mapa de nuestro globo sea mucho menos completo y exacto que un mapa de la luna. Con los millones prodigados en uno solo de los enormes buques de guerra que se construyen en la actualidad, se podrian hacer á buen seguro los preparativos mas completos para una docena de viajes de descubrimientos.»

Ya sabemos que á M. Gustavo Lambert no le han arre-
drado las dificultades. Tres años ha gastado en allegar fon-
dos, y habiéndolo por fin conseguido, está disponiendo el
Boreal, con el que saldrá dentro de dos meses.

Su tripulacion se compondrá de cincuenta á sesenta per-
sonas, que con tres médicos, varios sabios y dibujantes,
ascenderá á ochenta. El *Boreal* tendrá una armadura espe-
cial para que pueda pasar al través de los hielos, y llevará
provisiones de carbon, víveres y demás para unos cuatro
años.

M. Lambert atribuye el fracaso de las tentativas anterio-
res, en primer lugar al camino defectuoso que se ha se-
guido, y en segundo lugar á la teoría mal conocida de los
hielos. Todas las expediciones inglesas y alemanas han to-
mado, segun M. Lambert, un camino impracticable por
estar obstruido por inmensos espacios de hielos insupera-
bles. Hay, dice, dos especies de hielos: los *ice bergs* y los
ice fields. Los primeros constituyen trozos enormes, monta-
ñas flotantes de que es preciso alejarse, porque destrozan
inevitavelmente el buque mas sólido cogido entre ellas; y
los segundos, los *ice fields*, ó campos de hielo, no tienen
mas que algunos piés de espesor; es la superficie del mar
que, cubierta de nieve, se ha congelado. Estas planchas de
hielo tienen con frecuencia una grande extension, pero se
puede penetrar entre sus hendiduras, hacerlas volar, aser-
rarlas y abrir así un camino hácia el mar libre, cuya exis-
tencia han consignado Hayes, Kane, Wrangel y otros va-
rios. En el año último un ballenero norte-americano, Long,
hallándose á los 54 grados de latitud Norte, vió ante él el
mar completamente libre de hielo. Pudo haber virado hácia
el Polo, pero habiéndose agotado su provision de víveres y
carbon, tuvo que regresar á San Francisco.

Así pues, el único camino que conduce al Polo con estas
condiciones, es el del estrecho de Behring, en donde no hay
que temer *ice bergs*, y en el momento del deshielo un bu-
que sólido puede penetrar en dos meses hasta las regiones
misteriosas que no ha mirado aun ningun ojo humano.

Esta es la via que quiere seguir M. Lambert, la que ha-
bia tomado hace un siglo el célebre capitán Cook. Desgra-
ciadamente fué asesinado por los habitantes de las islas
Sandwich, y á no ser por este asesinato, el problema esta-
ria resuelto en el dia. El navegante francés continúa la
obra interrumpida, y en la que le acompañan los votos del
mundo científico.

Hablemos de los teatros:

En la página 220 de este número damos á nuestros lec-
tores un cuadro teatral que nos ayudará á hacer compren-
der aquí las magnificencias del espectáculo á que se re-
fiere.

Es una de las escenas de la comedia de magia titulada
la *Gata Blanca*, que acaba de ponerse en escena en el tea-
tro de la Gaité con el éxito extraordinario que siempre ob-
tienen las obras de este clase, y al propio tiempo que se
estrenaba, ó se resucitaba en el del Chatelet, la *Poudre de
Pirlinpinpin*, otra comedia de magia.

El espectáculo en entrambas piezas es brillante: dígalo
si no el cuadro que reproducimos en la dicha página y que
representa el Reino de los Pájaros, con sus habitantes ala-
dos de todos colores, con su jaula de oro que se abre en
medio de una selva encantada que de repente apareció ani-
mada por un ejército de hadas. Este cuadro es de un efecto
indescriptible.

La *Poudre de Pirlinpinpin* no deja de ofrecernos menores
maravillas.

Digamos dos palabras sobre el argumento de esta úl-
tima.

Un monarca del pais de los encantos se olvidó de con-
vidar al nacimiento de su hija, la princesa Zibelina, á la ha-
da de las Nieves, y esta, para vengarse, se lleva el corazon
de la niña á esas heladas regiones que intenta visitar el
capitán Lambert, en medio del Polo Norte.

La princesa Zibelina, dotada de una hermosura incompa-
rable, llega á la juventud; pero naturalmente no puede
amar al príncipe que se ha enamorado de ella, porque el
corazon la falta.

El príncipe se decide á emprender un viaje adonde está
el corazon de su amada, para arrebatárselo á los osos blan-
cos que le guardan, y lleva como un talisman los polyos
mágicos de Pirlinpinpin, regalo de un viejo alquimista, que
le servirán para abrirse camino por todas partes, y para
burlar las emboscadas y las persecuciones de la hada de
las Nieves.

No hay para qué decir que el príncipe consigue su objeto
y se casa con Zibelina; todo esto es secundario, no es mas
que un simple pretexto para presentar decoraciones que
son otras tantas maravillas del arte del pintor y tambien
del tramoyista del teatro.

Treinta y dos son los cuadros, y lo decimos para que no se
nos exija una descripción completa de esta fantasmagoría
teatral que dura mas de seis horas, sin cansar al especta-
dor, aunque continuamente le deslumbra.

Como de costumbre, las chozas se trasforman en dorados
palacios, y luego á la luz suceden las tinieblas; los jardi-
nes abundan, y las bailarinas forman un batallon admi-
rable.

En suma, lo mismo que en la *Gata Blanca*, tienen aquí
los parisienses entretenimiento para la vista durante algu-
nos meses.

MARIANO URRABIETA.

La nieta de Ruy-Perez.

(Tradicion alavesa.)

AL DISTINGUIDO ESCRITOR DON RAMON ORTÍZ DE ZÁRATE.

Como era entrada la noche,
Ruy-Perez, en su palacio,
Lentas contando las horas,
Hallábase retirado;
El codo sobre una mesa,
La frente sobre la mano,
Se mesaba los cabellos
Que en lides se hicieron canos.
Buen patricio, la conducta
De Witiza el insensato,
Le hacia inclinar la frente,
Mas que el peso de los años.
Con sombrías reflexiones
Sumióse en triste letargo,
Y dél á sacarle á punto
Llegó el noble Gundemaro.
Era de Dios sacerdote
Y del guerrero era hermano,
Y á su córte y á su rey
Así llegó haciendo cargos:

— Ese noble sentimiento
Bien, Ruy-Perez, acredita
Que cierras este aposento
Para pensar un momento
En esa córte maldita.
— Tambien acredita, hermano,
El verte entrar caviloso
Con el breviario en la mano,
Que ruegas por el tirano
Y su pueblo irreligioso.

— Paso mis horas en vela
Rogando á Jesus divino,
Guie por mejor camino
Al que osado se revela
Contra el Papa Constantino.
Revueltas tiene sus tropas,
Con ese infernal enredo
De colocar en Toledo
A su pariente don Opas
Y al prelado Sinderedo.

— Gundemaro: me horripila
Su conducta escandalosa,
Y esta córte que tranquila
Ve matar á don Favila
Para robarle su esposa.
— Con su cortesana grey
A nada encuentra reparo
Quien no tiene Dios ni ley;
Y tu mujer...

— Gundemaro,
¡No llegará á tanto el rey!
— Ruy-Perez, de cualquier modo
Considera que es muy linda.

— ¿No somos nobles?
— Con todo,
— ¡Es muy virtuosa Ormisinda!
— ¡Es muy tirano el rey godo!

No le respondió Ruy-Perez,
Mas quedóse cabizbajo,
Y, sin añadir palabra,
Retiróse Gundemaro,
Y aquel, como quien delira,
Exclamó despues de un rato:
— Witiza, en sangrientas lides
Mi sangre te he derramado;
Ormisinda es jóven, bella;
Tú licenciado é ingrato...
Sí, serás capaz de todo,
Como te juzga mi hermano.
¡Rayos de Dios! ya mañana
De tu propia córte salgo.
En busca de un pueblo libre
Sencillo al par que sensato.
«Adios, Witiza, que el cielo
Te depare buen reinado.»

Dijo, y al siguiente dia,
Con su esposa, con su hermano,
Y toda la servidumbre
Se alejó de su palacio.

1.

Modesto el Omecillo
Que plácido murmura
Del valle de Gobía,
Deslizase á través;
Morada en dicho valle
Ruy-Perez se procura,
Y abandonar la córte
No le pesó despues.

Al lado de su hermano,
De su mujer querida,
Y de un ángel del cielo
Que Dios le concedió,
Feliz vivió las horas
Restantes de su vida,
Lejos de aquella córte
Que corrompida vió.

Y mientras el anciano
Cogia ópimos frutos
Cuidando con esmero
Las plantas del jardin,
La monarquía goda,
Con reyes disolutos,
A paso agigantado
Corria hácia su fin.

Los años que se pasan
Con suma ligereza
Los hombres y las cosas
Precipitando van:
Llegó, así que Rodrigo
Sedujo á la belleza,
La estúpida venganza
Del conde don Julian.

Luego de Covadonga
En la bendita cueva,
Las melenas sacúdense
Impávido el leon,
Y su feroz rugido
Repite el monte Auseva,
Y esparce entre los moros
Medrosa confusion.

Naciones como España
Si en triste decadencia,
Recuerdan de otro tiempo
Su gloria y su poder,
En breve, alzando el grito
De santa independenciam
Renuevan en su historia
Las páginas de ayer.

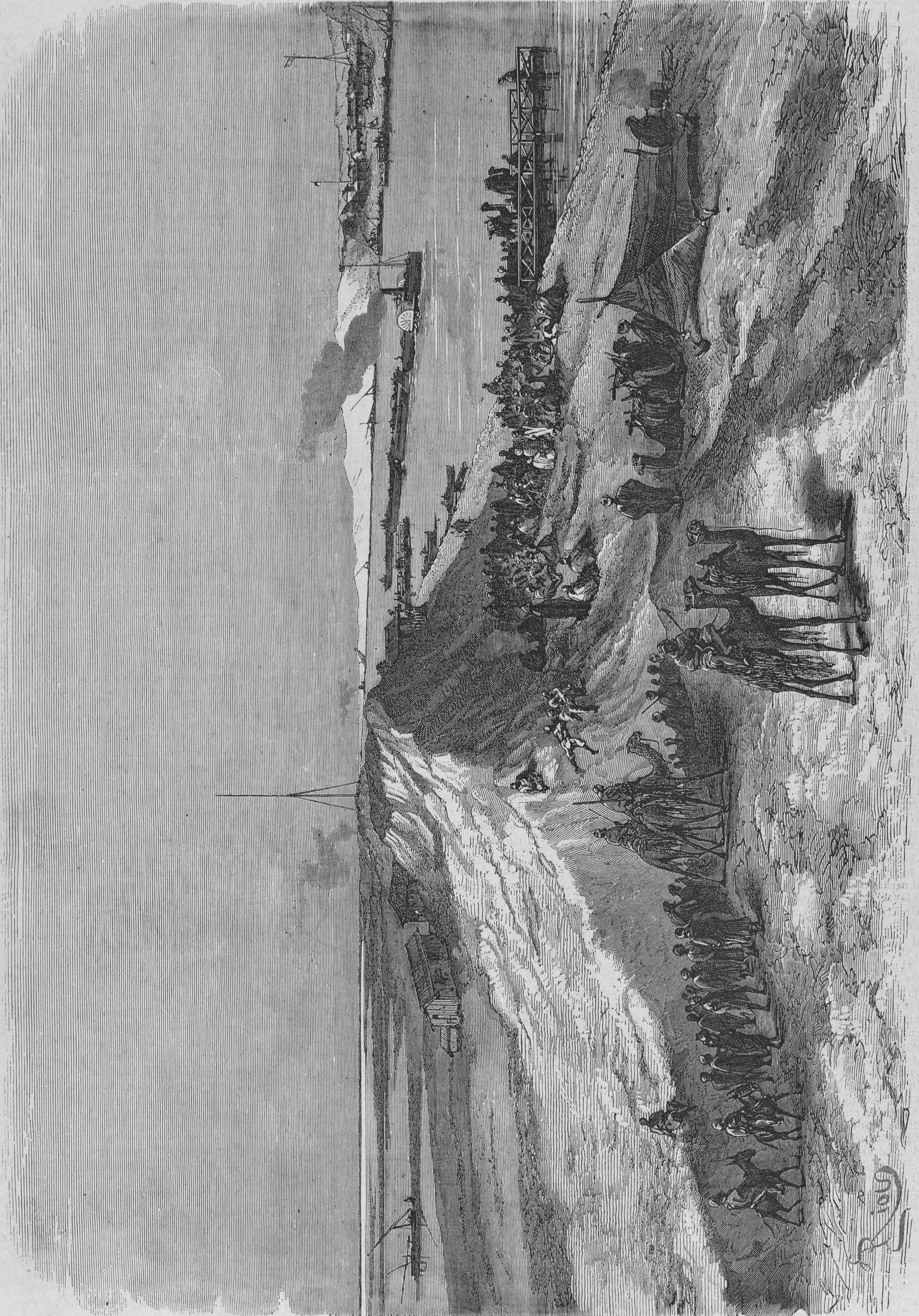
Era María-Perez
De corazon sencillo,
Doncella casta y pura
De rostro angelical,
Y con sus dos hermanos
Guardaba en su castillo
De primitivos tiempos
La vida patriarcal.

Gomez era el primero
Y Albar era el segundo
De aquellos dos hermanos
Que tiernamente amó,
Porque la pobre niña
Sin padre vino al mundo,
Ni vió su adolescencia
La madre que perdió.

Mas no por eso en vano
Llegaba hasta su puerta
Mostrando el peregrino
Bordones y sayal,
Que, el pobre que pedia
La hallaba siempre abierta,
Y asilo hospitalario,
Pasando del umbral.

OBDULIO DE PEREA.

(Se continuará.)



Canal de Suez. — Vista general de Kantara: Paso de las caravanas de Siria viniendo de los lagos Menzalen.

1869

El istmo de Suez

KANTARA.

Kantara, como Pelusa, Tantis, Ramses y Tafnes ó Dafne, la ciudad de los laureles, era una de las veinte grandes ciudades que se disputaban la prosperidad del delta egipcio: su poblacion ascendia entonces á unos seiscientos mil habitantes.

Como lo indica su nombre (*Kantara* significa *punte* en árabe), habian construido allí un puente en el brazo pelusiaco del Nilo. Por este puente pasaban las ricas caravanas que llegaban de Tebas, y traian del fondo de la Nubia mirra, plata, polvo de oro y marfil á la opulenta Siria, que en aquel tiempo contaba cien ciudades poderosas.

¿Qué queda hoy de la orgullosa Tebas, de los templos de Balbek y de Jerusalem, de las flotas de Tiro, de los talleres de Sidon? — Un recuerdo oscuro y vano: la soledad y el abandono.

La ciencia ha entrado en Egipto con M. de Lesseps, y á ella le corresponde resucitar aquellos esqueletos de ciudades antiguas.

Kantara fué comprendida, lo mismo que las otras grandes ciudades, en la obra de la destruccion. Su desaparicion de la superficie de la tierra se remonta á 344 años antes de nuestra era, cuando sufría el yugo de Oco, rey de los persas, que se apoderó de Egipto despues de su victoria sobre Nectanabo y de la toma de Pelusa, la llave del delta en aquel tiempo. En el sitio que ocupaba debió existir un centro de poblacion bajo la dominacion romana, pues las obras ejecutadas para el canal marítimo han hecho descubrir en medio de sus ruinas nueve lámparas antiguas de origen romano ó cristiano, con las marcas de fábrica A ó una áncora, y tres ánforas de la misma época.

Cerca de Kantara se encontró, á un metro de profundidad, un boton con un gorro de la libertad rodeado de ramas de laurel, que debió pertenecer á algun soldado de los que fueron á Egipto con Bonaparte.

Hoy, en los lugares de la antigua ciudad, hay un campamento de la Compañía de Suez, cuya poblacion llega ya á 5,000 almas. En vez de los templos y palacios hay casillas de madera. No es mas que un principio de resurreccion: el canal no está abierto todavía á la navegacion universal, y Kantara se encuentra como antes en el camino que siguen las caravanas que salen del Cairo para Siria: dejemos que marche la civilizacion.

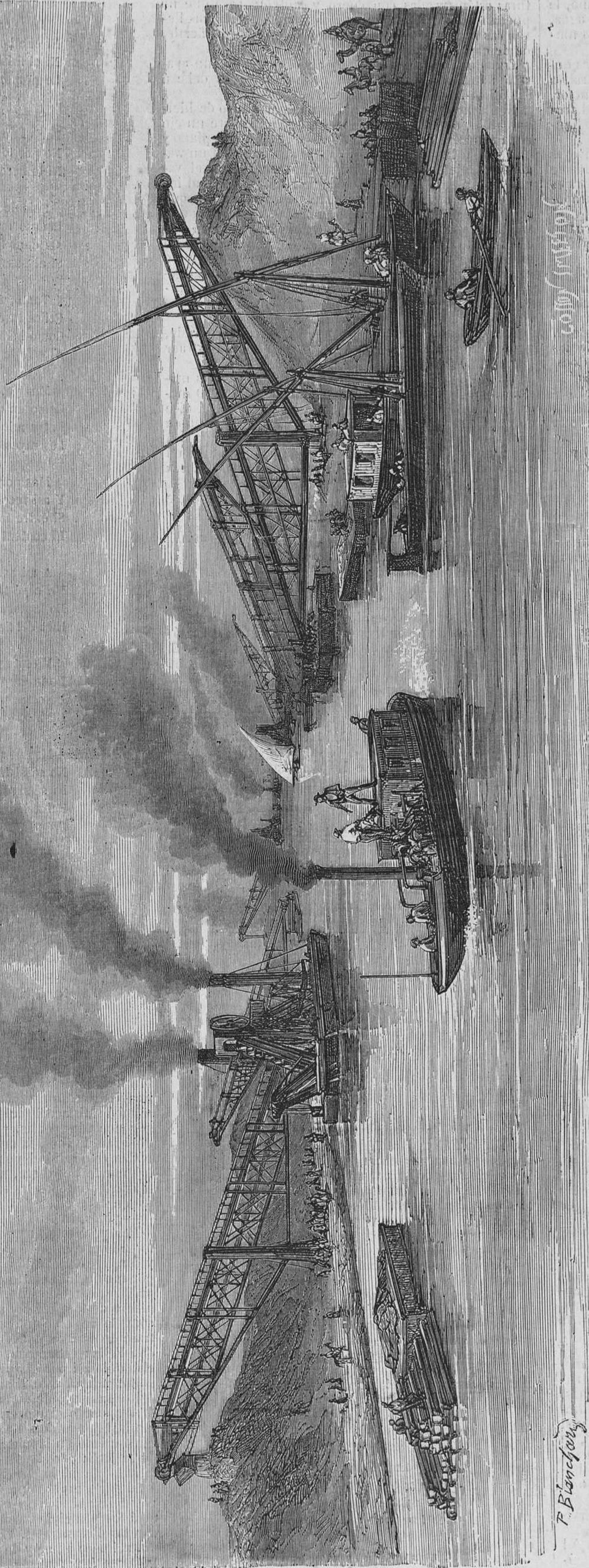
El profeta ha dicho: «No te pongas en camino sino en juéves: solo, un demonio te sigue; dos, acuden á tentaros dos demonios; tres, os vereis preservados de malos pensamientos; siendo tres, elegid un jefe.»

Los árabes hacen mucho caso de la sabiduría de Mahoma para no conformarse con estas prescripciones, sobre todo cuando seria muy peligroso no seguirlas.

Así sucede que cuando varios árabes emprenden una expedicion, cuando se pone en marcha una caravana, lo primero que hacen los viajeros es elegir un *khrebir*, ó *menir*, ó *delil*, un conductor, que es el que dirige.

Siempre la eleccion recae en un hombre de una inteligencia, una probidad y un valor á toda prueba. Sus viajes anteriores le han enseñado á conocer el camino en el mar de arena, allí donde los pasos dejan una huella que luego se borra, los peligros de ciertos sitios, los puntos donde hay pozos ó arroyos. Sabe orientarse por las estrellas cuando está despejado el cielo, y si no lo está, por la simple inspeccion de un puñado de yerba ó de tierra que palpa, huele y prueba atentamente. Conoce los remedios contra las enfermedades, las fracturas y las mordeduras de la serpiente.

La caravana le obedece pasivamente; pero así tambien el conductor es responsable de todos los acciden-



Canal de Suez. — El canal marítimo en Kantara: Vista tomada durante el trabajo de las dragas y los elevadores.

tes que no vienen de Dios. La ley le obliga á pagar la *dia*, el precio de la sangre de todos los viajeros que por su culpa se mueren ó se extravían. Por último, le castigan igualmente si la caravana no ha tenido agua, si no ha podido protegerla y defenderla contra los merodeadores. Tal es la ley del desierto.

Las caravanas que se detienen á descansar en las ondulaciones que forman las arenas de Kantara, marchan como todas las caravanas africanas, con su conductor, y se acampan á orillas del canal para tomar la barca que ha reemplazado el antiguo y famoso puente de Kantara, á fin de pasar á Asia.

Nada mas original que el aspecto de estos convoyes compuestos de caballos, camellos y asnos cargados de cajas y de fardos; nada mas pintoresco que esos trajes de hombres, de mujeres y niños, y de ancianos haraposos y mal remendados.

Hombres y animales cubiertos de polvo se agrupan en las sinuosidades de las montañas de arenas, y forman mil curiosos cuadros.

El aspecto de una de estas caravanas no es el punto menos interesante que ofrece en Kantara el panorama del canal marítimo, visto en la direccion de Puerto-Said. Colocándose en una altura y volviendo la espalda á Ismailia, se disfruta de un espectáculo grandioso. A la izquierda se distingue la inmensa extension de los lagos Menzaleh, en tanto que el campamento de la Compañía aparece á la derecha. En el centro se dibujan las dos grandes líneas paralelas de los muelles del canal, con sus aguas que se pierden en el horizonte en el azul del cielo y el azul de los lagos, confundiendo la armonía y finura de sus tonos vagos con la trasparente tenuidad de la atmósfera. Al pié del observador el paisaje se anima: los pasajeros van y vienen de una orilla á otra, los caballos de la caravana relinchan, los camellos acompañan el concierto de los asnos; los buques se cruzan con los trenes de mercancías; las pesadas barcas egipcias se confunden con los vapores, y todo esto marcha, se agita, grita, flota y boga, y muy luego se olvida que pisa uno el polvo de una ciudad muerta.

DRAGAS Y ELEVADORES.

Como la naturaleza, la mecánica tiene su poesía, y esto se comprende cuando, al salir de la estacion de Kantara, se distinguen esas poderosas máquinas con las cuales se hacen las excavaciones para abrir el canal marítimo.

Al ver esa maquinaria colosal, se creeria uno en el tiempo de los griegos y los romanos asistiendo al sitio de Cartagena, que describe Tito Livio. Parece que está uno viendo aquellas máquinas de guerra que, como dice Luis Napoleon Bonaparte en su tratado: *Del pasado, el presente y el porvenir de la artillería*, tenían por motor la torsion de los cables hechos de nervios de animales, y lanzaban proyectiles de 150 kilogramos hasta 400 metros de distancia. Diríase que en el canal marítimo, obra de paz por excelencia, funcionan aquellos instrumentos de los tiempos antiguos, que los modernos llaman *artillería nerobalística*.

Pero las gigantescas máquinas no han venido aquí para destruir ni vomitar la muerte, sino que hacen obra de civilización, trabajan de un comun acuerdo para la fraternización de los pueblos. Son las dragas y los elevadores de MM. Borel y Lavalley, ingenieros, á quienes la grandeza de la empresa ha inspirado grandes concepciones.

La empresa, en efecto, es de primer orden. La energía y la inteligencia de MM. Borel y Lavalley se han encontrado siempre á la altura de las dificultades que había que vencer, y así lo ha reconocido el Instituto de Francia, concediendo, en su sesion del 14 de junio último, el premio de mecánica, fundado por M. de Montyon, á M. Lavalley, á quien el emperador había condecorado ya con la cruz de oficial de la Legion de Honor. El heroísmo de la industria no es menos meritorio que el del campo de batalla, y la naturaleza exige á menudo mas esfuerzos para dejarse vencer, que los que se necesitan para triunfar de un ejército enemigo.

Para operar la abertura del canal, se necesitó establecer los talleres mas grandes que han existido nunca, pues había que vencer dificultades excepcionales.

Las dragas ordinarias que se emplearon en un principio eran insuficientes: hubo que hacerlas mayores, y hoy las dragas del canal de Suez sobrepujan en fuerza y dimension á todo lo que hasta el día se ha visto. Son de fundicion y de hierro, y pesan cada una medio millon de kilogramos. Tienen 40 metros de largo, 8 de ancho y 14 de alto; á veces extraen hasta 3,000 metros cúbicos en un día, cuando en la prueba no daban mas de 1,800 metros.

Cuando el ribazo no se eleva demasiado sobre el nivel del canal, las dragas vierten sus productos por medio de conductos inclinados. Para evitar que se obstruyan estos conductos y facilitar la bajada de las arenas, una bomba, movida por la máquina de vapor de la draga, arroja caños de agua que lo arrastran todo; y si las materias que llegan son mas densas y compactas, se hace funcionar á lo largo del conducto una cadena sin fin llamada barredera. Los conductos son de hierro batido, tienen 70 metros de largo, y se sostienen en una armazon tan ligera como atrevida.

Las dragas de largos conductos hacen buenos servicios: extraen hasta 40,000 metros cúbicos por mes.

Deste 1866, el rendimiento mensual de las dragas del canal llega, por término medio, á 1.200,000 metros cúbicos. Del conducto de la draga las materias caen á los

depósitos de las barcas portadoras, provistas de puertas laterales de madera, cerradas con cadenas, y cuyas juntas están tapadas con cuero y cautchú, para que no puedan pasar ni las arenas mas finas. Estas barcas llevan las materias al lago Timsah ó á los lagos artificiales de descarga.

Cuando los ribazos son muy altos, se emplea un aparato llamado *elevador*, cuya primera idea se debe á M. Voisin-Bey, ingeniero francés.

El elevador es un gran plano inclinado, todo de hierro batido, de 50 metros de largo, que gira sobre un eje cuya armazon descansa en el ribazo. Sobre este plano y en todo su largo, hay rails, por los cuales rueda un wagoncillo sujeto á una cadena sin fin movida por el vapor. Es un camino de hierro aéreo. La extremidad inferior del elevador entra en el interior de la barca que recibe los productos de la draga. Hasta aquí llega el wagoncillo que toma las cajas llenas y las sube á lo alto del aparato á 25 metros de altura, donde un ingenioso mecanismo da al wagon y á las cajas un movimiento de rotacion que proyecta sobre el ribazo las materias, diseminándolas en forma de conos largos. Una vez descargado, el tren baja por su propio peso sobre el plano inclinado, y la operacion continúa.

Se necesitan dos elevadores para una draga grande, y hay dragas que, con su elevador, han podido extraer hasta 2,500 metros cúbicos en los últimos meses.

El total de las tierras removidas *cada mes* por las máquinas de MM. Borel y Lavalley, llega á 1.300,000 metros cúbicos. Para formarse una idea de esa masa, dice el ingeniero Cadiat, « es menester figurarse la avenida » de los Campos Eliseos cubierta en todo su largo con « una montaña de 100 metros de base y 28 de altura en su cumbre, ó bien la plaza Vendome cubierta de tierra » hasta cuatro veces la altura de sus casas. »

La importancia de la empresa Borel y Lavalley se comprende estudiando estos guarismos:

El servicio de las máquinas exige *por mes* un consumo de 26,000 kilogramos de aceite, de 10,000 toneladas de carbon, y un personal de 22,000 hombres.

El valor de los objetos y piezas de cambio de toda clase, que necesitan los talleres, llega á 500,000 francos por mes.

Estas cifras no carecen de elocuencia ni de poesía.

Cuando yo pasé por Kantara, funcionaban á un kilómetro de la estacion tres dragas y seis elevadores. El trabajo de estas máquinas, el movimiento de las barcas, los árabes ocupados en nivelar los ribazos, toda aquella gente haciendo metódicamente su respectiva tarea, me dieron una idea justa del poderío de la industria moderna.

El que ha visto esa actividad tan bien ordenada, no duda ya de la realizacion del sueño de M. de Lesseps, la comunicacion posible de los dos mares. El éxito es completo, y dentro de algunos meses estará ya consagrado por todo el mundo. R.

Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

LA SERRANA DE CINTIA.

NOVELA QUINTA ESCRITA SIN LA LETRA U.

(Continuacion.)

No le cabía el corazon en el pecho de placer y contento á don Félix, pareciéndole era el gozado objeto la adorada prenda, sin entender el embeleco y malicia, ni la aficion engañosa del ardid y sagaz traza, y alentado de la firme opinion, en la idea aprendida, satisfecho de sí mismo y confiado, imaginándose señor de la inaccesible fortaleza, procedía mas alegre, sin darle pena ni tener ya por descomodo la oposicion y pretension de don Diego, ni las desabridas palabras y desprecios de Jacinta, antes entendía lo haría con pretexto de mas silencio y disfraz en lo pasado.

Y para mas certificarse de ser así, sacó del bolsillo la gargantilla de perlas, mirándolas entre sí mismas ellas falsas son, bien las conozco; mas tambien conozco por legitima señora de ellas y de mi alma á mi adorada Jacinta, y en ser ella la gozada no hay engaño, si le hay en ellas.

Y para mas celebrar la imaginada felicidad, se retiró al jardin, y sentado en agradable sitio de olorosas flores, diestro en la cítara, cantó estos sonoros metros, tan celebrados hoy de la fama.

Gozoso me llego, flores,
A deciros como yo
De otra flor de mas belleza
Gocé fragancia y candor.

Mas no sabré exageraros
La belleza y perfeccion,

Por ser flor incomparable,
Comparada á toda flor.

Lo encarnado de la rosa,
Ni el albor del jazmin no,
Ni el lirio de la nobleza,
Le propone oposicion.

Si se le opone el Jacinto,
Por el nombre la ganó,
No por lo gentil del aire,
Ni lo hermoso del color.

Solo de Jacinta el brio,
Donoso mirar, ó accion,
Os dará fragancia y rayos,
Si al pasar os engendró.

Tanto, flores, os grangea,
Felice la estimacion,
Como bello sol excede
Al celeste en resplandor.

Mas yo, flores, mas felice,
Como en nombre Felix soy,
Entre mis brazos dormido,
Los rayos miré del sol.

Mas por fe los miré solo,
Y así receloso estoy,
Si entre tanta dicha absorto,
El contento me engañó.

A mirarla tan de cerca,
Me cegó tanto esplendor,
No la noche; pero al tiempo
Hice del fiel ladron.

Y tentando en los jazmines
De la garganta el primor,
De estas perlas, con destreza
Deshice el lazo al cordon.

Mas perplejo en los efectos,
No sé si tan feliz soy,
Ni sé si son por ser falsas,
Falsa idea de mi amor.

Mas si es cierto, flores mias,
Si es cierto el cogerlas yo,
¿Cómo mi aficion maltrata?
¿Cómo ofende con rigor?

Mas harálo, es infalible,
Con pretexto de opinion,
Y por mas dichoso hacerme,
Hará del desprecio honor.

Acabó de cantar, mas no de desengañarse; y en estas confianzas y amorosos silogismos de la idea, se pasaron hartos dias. Mas llegando ya por los rigores de Jacinta tan terribles casi á desconfiar de sí mismo, empezó á imaginar en lo pasado, y hallándose perplejo, se determinó á satisfacerle del todo y saber de la misma Jacinta si conocía las perlas, y así lo hizo; pero ella le respondió eran de Inés, la criada de casa.

Con esto salió el pobre don Félix del engaño; pero bramando de cólera, no hacia sino llamar á la criada y andarse por todas las salas de palacio, hasta entrar dentro en las cocinas gritando:

— ¿Inés, Inés, dónde estás, Inés?

Mas ya á este tiempo, ella por sentirse madre, y temiendo el merecido castigo si se desenmarañase la tela y constase ser ella la ardiosa tejedora y destejida, eligió por medio mas cierto el irse de casa, sin de nadie despedirse, como lo hizo. Y entrando en Lisboa, piadosa madre de forasteros y afligidos, deseando hallar en ella cómodo de semejante al perdido, ordenó el destino entrarse en casa de don Tello Osorio de Meneses, padre de don Félix; esto acaso, y sin ella intentarlo, mas sospechándolo así por el apellido de Osorio.

Entendía á este tiempo don Tello en los conciertos del casamiento de doña Isabel Osorio, la hija mayor, y el desposado electo era don García de Sosa, gallardo mozo, hijo de don Baltasar de Sosa y Castro. Pero teniale criado en la corte, y en ella sido finísimo amante de Jacinta; por ella tenía hechos extremos, en ella idolatrado por idolo precioso de belleza, dedicádole como á tal por templo lo mas íntimo del alma, los sentidos y potencias; si bien la correspondencia de ella para con él á los principios, semejante era á la de Cintia para con los dos amantes. Como el de este gallardo Narciso era primero amor y le experimentó siempre firme hallándose á tan porfiados primores rendido: sin poder resistirse, se halló tambien obligado á confesar le tenía

afición y á darle palabra de admitirle por esposo, si hasta allí amante leal y firme le asistiese dos años, sin hacerle ofensa ni darla celos. Aceptó él la condicion, y asistió siempre constante, pronto, solicitado é incontrastable; mas faltando solo seis meses para cerrarse el deseado plazo, se ofreció la partida de él y de las dos serranas á Lisboa, si bien solicitada de él con notable instancia, por el deseo grande de desposarse en ella con beneplácito del padre; mas entrando en ella, extrañándole amigos el casarse con dama forastera y con poco dote, y aconsejado del mismo padre á no hacer tal; y prometiéndole de si la dejase casarle con doña Isabel Osorio, hija de don Tello Osorio, bizarra dama y de gran dote y renta, se deliberó ingrato, si bien con amagos de honra ó disfraces de interés, á dejar á la bella Jacinta y á no acordarse mas de ella. ¡Tiranía increíble! De este desprecio tan notable procedía el aborrecer ella tan terriblemente á los hombres; y así, en tal aprieto y conflicto, madre é hija eligieron por mejor el ampararse del noble don Sancho de Agramonte, padre de don Diego, como de cerca pariente, y él les solicitó para morada el insigne palacio de Cintia, como se ha referido. Y así, tratando y concertando ya el casamiento del ingrato don García con la hermosa doña Isabel, se dilató al efecto mas de ocho meses, por no ser posible poderse dar antes satisfaccion por entero al prometido dote; pero admitiéndose los galanteos del amante, si con el decoro y honestidad posible, y permitia se entrase las mas noches en casa de don Tello á platicar con él familiarmente y festejar la adorada doña Isabel, deseada esposa, y solia estarse dos y tres horas.

Era don Garcia de condicion no poco celoso; y así, al entrar las mas noches en casa de don Tello, oyendo hablar desde la reja mas baja con gente en la calle, hacia instancia por conocer los amantes; mas en acercándose, ellos recatados se escondian, y así jamás oia palabra. Teníalo él por azar y no le parecia bien el recelarse ellos tanto; mas por el mismo caso se determinó á conocerlos, dejando de propósito pasar cinco ó seis noches sin acecharlos, mostrándose no dársele de ellos nada; mas escondiéndose otra noche en parte secreta, donde fácilmente, sin ser de nadie notado, podia él bien notar y mirar todo y oír tambien la plática de los dos amantes; notó diligente (¡caso notable!) cómo la misma doña Isabel Osorio abrió (llegó, digo) á la reja, y acercándose á ella el hombre de la calle, ella le dijo estas palabras:

— Llegad, llegad presto hácia el balcon, y echaros he el niño.

No podia creer tal don Garcia; mas acercándose mas, sintió abrir el balcon, y notó, por ser clara la noche, cómo la misma doña Isabel, descolgando por los listones el prometido niño, se le entregó al mismo hombre, encargándole el secreto y pidiéndole con afecto y grande instancia, como á persona conocida. Empezó á llorar el niño recio, mas deliberada Isabel, cerró al momento, por no ser conocida, el balcon, y el hombre á todo correr echó por la calle abajo.

De cólera bramando el triste don Garcia, perdía de celoso la paciencia; y de no matarle se arrepentía, y se tenía por el mas infeliz y desgraciado de todo el orbe. ¿Cómo es posible hacerme á mí, decia, afrenta tal y tan terrible, cielos soberanos? ¿Cómo permitís á mis ojos mi propia infamia? ¿Cómo consentís maldad tan grande, crimen tan horrendo y delito tan enorme y detestable? ¡Oh, mal haya mi implacable estrella y el insaciable destino á mis pesares! ¿Será posible hallarse en todo lo habitable del terrestre globo hombre mas desgraciado? No es posible. ¿Mas cómo tanto lo siento y exagero? No soy sino felicísimo y en extremo dichoso. Isabel falsa, desleal, Circe encantadora, sirena ingrata, cocodrilo engañoso, si llevo al desengaño antes de mayor empeño y libre me hallo de tan terrible incendio de pesares, de tan inmenso golfo de tormentos y celosos sobresaltos; goza, goza mil años al infame esposo, y jamás me nombres.

De este modo, entre colérico y templado, entre arrebatado y pacífico, sentía del afligido corazón las penas y ansias el celoso don Garcia, y esparciendo ya roncas y bravatas, ya lágrimas al aire, se retiró, deliberado á no entrar jamás en casa de don Tello, ni por pensamiento hablar á doña Isabel, ni menos con persona de esta casa. Loco me llamen, decia, si lo contrario hiciere. Y por no dar satisfaccion á tantos celos ó á delitos tan manifiestos y patentes, hallándose arrepentido del delito cometido contra la bella Jacinta, sabiendo residía en Cintia, se deliberó á partir al amanecer; mas si bien lo intentó, mejor lo hizo, y llegando al palacio á medio día, hallando á todos sobre mesa platicando, echándose á los piés de la hermosa Jacinta, empezó postrado á pedirle con lágrimas mil perdones, y con amorosas palabras, licencia para acabar de satisfacer los dos años prometidos de firme lealtad, y empezarlos como desde el primer día, y si pocos le parecían, se los doblase, para experiencia calificada de legitimo amor.

Admirados y como atónitos se hallaron todos de la accion tan noble del enamorado mozo, y en extremo enfadados los dos amigos de tenerle por opositor; y á no ser de ellos tambien amigo, le recibieran de diferente manera; si bien los alentó de la hermosa Jacinta la ira y cólera en el aspecto, al hallarse de él por los piés asida, sin poder desasirse ni dejarle, como intentó; mas pareciendo demasia, le pidieron y con instancia rogaron don Félix y don Diego cortésmente, se alzase y sentase, y sosegado el corazón, dijese y manifestase del alma los afectos, los ardores, los sentimientos y penas, con amorosos conceptos, sin profanar de la hermosa Jacinta la libertad; mas en hallándose ella libre, deseó extraña-

mente responderle, no con palabras, mas con el desprecio, dejarle é irse; pero deteniala la madre, y haciendo ella instancia por escaparse, se le cayó del pecho la referida lámina, y conocieron todos ser retrato del mismo don Garcia; pero ella, por desmentir sospechas, con presteza notable, de esta manera satisfizo:

— Si acaso, señores, imagináis procederia de amor el traer yo en el pecho ese retrato, engaños, error es manifiesto y mal considerada sospecha; lo contrario podeis tener por infalible; del aborrecimiento y mortal odio reconcentrado en mis entrañas contra don Garcia, procedia el traerle en el pecho para mas refinar mi ponzoña; y así, mirándole cada día y considerando en él como en espejo mas de año y medio de fingido amor, falsa fe y lealtad, me encendía mas contra él y contra todos los hombres en rabia, en cólera y en rencor terrible, por ser todos los hombres de la misma masa y de la misma especie; y así, á todos los considero siempre inconstantes, falsos, ingratos, fingidos y desleales, y á los Leandros mas finos por amantes de pasatiempo.

Calló la hermosa Jacinta; pero don Garcia, alzando el retrato, no se espantó demasiado del rayo de amor; relámpago le pareció solamente el incendio, y así se ostentó algo mas alentado; pero bien entendieron don Félix y don Diego procedia la demasiada confianza y osadía de ser él en el amor de la Jacinta anterior amante. Rogóle doña Catalina descansase, y rogándole lo mismo ellos; pero temiendo le admitiese Jacinta y del todo á ellos los dejase, é infirieronlo notando como ella no le despidió con palabras precisas; pero solo mostró amagos de cólera, pena y pesar, indicios mas ciertos de no ser legitimo el rencor, pero solo exterior y falso. Confirmóseles esta sospecha al anochecer, entrando ella en casa con menor enfado y permitiendo ser rogada de la madre le admitiese en amistad honesta como de antes.

En efecto, ella se determinó á conceder hiciese compañía á los dos amigos en palacio, si le pareciese; pero ellos, conociendo la mejora del pretendiente, se determinaron á dejarle libre y desembarazado el campo, y partirse á Lisboa. Sintiólo notablemente Jacinta, así por entender se manifestaria el amor para con don Garcia, deseando ella disfrazarle y esconderle, como por perder ella ocasion de poderle pagar en la misma moneda, dándole á cada paso para la enfermedad de amor píldoras de celos; y así les rogó no se partiesen tan presto; mas antes le hiciesen placer de asistir pretenses, como de antes, y admitir tambien á la empresa á don Garcia, por ser pretendiente de mas tiempo; mas dióse palabra de no anteponerle á ellos, ni en el menor agradecido ni en la mas mínima señal ó palabra amorosa, y elegir de todos tres por esposo, dentro de dos meses, al mas leal y fino amante.

Determináronse á complacerla y aceptar por el interés ó desengaño la condicion; pero ella, no obstante tener á don Garcia mas amor, fingia lo contrario con sagacidad notable; mas como los dos eran diestros amadores, á pocos lances la conocieron en los ojos las pintas de la amorosa enfermedad, ya si determinadamente la pidieron se deliberase en elegir al mas dichoso, ó les diese licencia de poder partirse al momento. Instaron, hallóse de todos por el término cortés, honrado proceder y asistencia obligada, y así les dijo:

— Señores, partirme en tres partes para darme en agradecimiento por esposa á todos tres, bien sabeis es imposible. A elegir me obligais al mas feliz, conforme decís, yo no me determino, ni es razon deje por mi eleccion á los dos lastimados y me echeis maldiciones; mejor será se las echeis al destino ó hado infeliz; coged todos tres de este hermoso jardin alegres flores, y á cada persona de los tres elija entre mi flor conocida y diferente el color; échense en este azafate de blancos mimbres, y al pasar el primer niño por la calle, llamadle, y ese, á ojos cerrados, sea el elector de mi felicidad y contento, y el relator del fallo infalible de la sentencia final de este certámen de amor ó de esa palestra amorosa. ¿Consentís, señores, en este medio?

— En esta traza consentimos, dijeron todos.

Y dándose principio al certámen, cogieron todos tres del jardin flores, poniéndolas ante Jacinta sobre la mesa; eligió ella primero, diciendo:

— Yo, en nombre del ignorado esposo, infeliz ó dichoso, elijo esta encarnada rosa por el sol del campo y reina de las flores, para dársela de mi mano en prenda de mi amor.

— Y yo, dijo don Félix, elijo este hermoso y colorado Jacinto, por ser la flor mas semejante en nombre al ídolo sagrado de mi amor.

— Y yo este blanco y oloroso jazmin, dijo don Diego, por ser de la candidez de mi pecho y perfeccion de mi amor el mas perfecto simbolo.

— Y yo esta amarilla flor y pajiza retama, dijo don Garcia, elijo, por ser geroglífico mas propio de mi desconfianza y poco merecimiento.

Preparado todo, se llamó al niño; pero triste se paró Jacinta y tan pálida como la flor se halló, casi arrepentida de la falta y deliberada traza. Mas embargando con las blancas manos la arbitraria eleccion de los ojos al niño, y meneándole primero en el blanco azafate las olorosas flores, le dijo sacase presto y sin manosearlas la primera. Así lo hizo, y sacó la pajiza retama de don Garcia. Alegre en extremo miraron todos á Jacinta y alegre con mil excesos al electo esposo; y ella al momento, en fe de la palabra dada, le dió la encarnada rosa, y con ella el alma y los brazos y la mano de esposa, y él la pagó en la misma moneda, con notables demostraciones de alegría. Y para mas agradaarla y celebrar tanta dicha, hizo traer arpa, y diestro en ella,

como de la ocasion contento, cantó, conforme tradicion constante, estas redondillas ó metros:

Nada feliz celebrar,
Como yo podrá tal dia,
Nadie mejor mi alegría,
Ni el contento exagerar.

Si monarca ó gran señor
Del orbe, á fin de dejaros,
Me eligiera el orbe, amaros
Eligiera por mejor.

Exceso no pareciera,
Si tanto mi bien os amo,
Y si por reina os aclamo
De mas excelente esfera.

Reina sois de la beldad,
Y reina del alma mía;
Mirad si hay mas monarquía,
Si logro mas majestad.

Dichoso el sitio, señora,
Do mi amor llegó á miraros,
Dichoso estilo el de amaros,
Dichoso el dia y la hora.

Dichoso jardin de flores,
Dichosa flor de retama,
Dichosa de amor la llama,
Dichoso incendio de amores.

Dichosa, y feliz mi edad,
Dichoso rendir del alma,
Dichoso riesgo á tal palma,
Y dichosa mi lealtad.

Dichoso el orbe me llame,
Al gozar ya sin desden
Tanta gloria y tanto bien,
Dichoso el cielo me aclame.

Ya libre escapé del mar,
Ya no recelo tormentas,
Ya sin oprobios, ni afrentas,
Solo me empleo en amar.

Bien hayan pasadas penas,
Si tantas glorias poseo,
Y si á lazos de himeneo
Troco el amor mis cadenas.

Ya libre de la prision
Se canta el alma la gala,
Y en firmes lazos señala
Del premio la posesion.

Felices años, mi bien,
Goze yo tanta grandeza,
Y gozeis esta belleza
Eternos años. Amen.

Encarecer la pena, la tristeza, las ansias y lágrimas de don Félix y don Diego es gastar tiempo; ya se colegirán al horror de la triste noche semejantes; con ellas crecía el contento de los desposados. Mas como no hay alegría perfecta en este siglo, en la misma tarde, dentro de dos horas, ya casi al anochecer, se ovó gritar de gente en el patio; y bajando criados á reconocer, dijeron era don Tello Osorio de Meneses, padre de don Félix Osorio, con dos hijas, Inés por criada, y don Sancho de Agramonte y don Baltasar de Sosa y Castro, padres de don Diego y don Garcia, y criados. Algo les pesó á los tres amigos, y principalmente al recién electo esposo; pero fingiendo en el pesar placer y alegría, se alentarón, y don Félix y don Diego bajaron á recibirlos, y encontrándolos en la mitad de la escalera, se dieron mil parabienes y recíprocos abrazos, y otros tantos al entrar en la sala; y lo mismo las dos hermanas Isabel y Clara al hermano don Félix, y todos á las dos serranas, madre é hija; pero reparando don Tello en la alegría grande de Jacinta y en el ceño encapotado del amante, como de enfadado de los recién llegados, y notándole como asistiéndole al lado, medio rebozado y sin hablar, pretendia dejarlos en la plática entretenidos y escaparse, se afirmaron mas todos en conocerle; y sabiendo era el ingrato don Garcia, asieron de él en la misma silla, formando todos contra él cargos de faltar con palabra al casamiento de doña Isabel Osorio.

(Se concluirá.)



PARIS. — Teatro de la Galté. — *La Gata Blanca*, comedia de magia: cuadro del Reino de los Pájaros. — (Véase la *Revista de París*.)



Regatas anglo-americanas en el Támesis.

Las regatas anglo-americanas

EN EL TÁMESIS.

El último viernes del mes de agosto han alcanzado un gran triunfo los ingleses: John Bull, con el remo en la mano, ha vencido al hermano Jonathan, que le había provocado con todas las reglas. La célebre justa de que se hablará largo tiempo en Londres, ha tenido efecto en el Támesis entre Putney-Bridge y Barnes-Bridge. Pero no vayamos de prisa y tomemos las cosas desde el principio.

Los barqueros de Oxford desafiaron á los americanos, que aceptaron inmediatamente; y en su consecuencia cuatro de estos últimos, que traían consigo un bote muy ligero, llegaron á Londres. Los preparativos del combate no tardaron mucho en hacerse.

El lunes las estaciones del Támesis, obstruidas siempre por la gente, estaban practicables, y el jueves M. Lord, el oficial vigilante del río, tomaba las últimas medidas con la policía de la marina. El tiempo estaba radiante. Entre tanto los competidores habían pasado su revista respectiva: Oxford y Harvard habían hecho sus pruebas. En la tarde del jueves se habían mostrado al público y no les faltaron los aplausos. Lo único que faltaba era elegir los jueces. Los americanos eligieron á M. Gulston, capitán del club de los remeros de Londres, y Oxford eligió á M. Chitty, que habiendo declinado este honor, recayó en M. Ireland.

Ya no había mas que hacer que empeñar el combate. La noche pasó pronto y amaneció un día tan claro como el que había pasado.

No se ha visto jamás en el Támesis un espectáculo semejante: la flotilla se dirigía hácia Putney; delante de ella estaba el río libre, detrás, algunos vapores de la Compañía de la navegación de la Cité cargados de gente: la música, la muchedumbre, y por encima de todo un sol radiante.

A las dos y media llegan á Putney-Bridge: la lucha debía tener lugar á las cinco.

Aprovechemos este tiempo para arrojar una mirada en nuestro alrededor. Para impedir la circulación en el Támesis habían atravesado una cadena en el río, un poco mas arriba del acueducto. El espectáculo que las orillas ofrecían era animadísimo. En una de ellas, y en un terreno perteneciente al obispo de Londres, había una elegante multitud, separada de las compactas masas de pueblo que estaban en la otra parte. De repente á la algaraz general sucede el silencio.

Una, dos, tres, cuatro, cinco.

Dan las cinco, atención, ha llegado el momento.

Ya hemos dicho que los jueces eran M. Ireland por los ingleses, y M. Gulston por los americanos. Presidia M. Hughes, autor de varias obras populares. Apenas han transcurrido cinco minutos, cuando aparecen los primeros los ingleses de Oxford, seguidos por los americanos.

La embarcación de los jueces, que tenía á su bordo á M. Burney, intendente de la Compañía de los vapores, se colocó junto á la que ocupaban los periodistas, el *Sunflower*. Los campeones tomaron posición; los americanos eligieron el lado de Middlesex, y á las cinco y cuarto se dió la señal y se empezó el combate.

Los americanos maniobraban con una destreza sorprendente: cuarenta y cuatro remaduras por minuto. Su fuerza muscular, su anchura de hombros y la flexibilidad de sus músculos, hacían la admiración general. Hácia Dukes-Head habían ganado la mitad de un largo desde su salida, y llegados á la parte superior de Crick-Field, llevaban de ventaja un largo.

Los barqueros de Oxford no parecían notarlos: salieron con treinta y ocho remaduras por minuto, y luego llegaron á cuarenta. Parecía que les faltaban la energía y viveza que tienen siempre.

Mas arriba de Craven, los americanos cometieron una falta: tomaron la dirección de la Northward (cárcel del Norte), y tuvieron que valerse de su timon para volver á su carrera directa. Entonces redoblaron sus esfuerzos á fin de conservar su ventaja. Aquí la lucha fué viva. Hácia *Cap-tree*, los ingleses comenzaron á tomar la delantera. En Soap-Works-Bridge pasaron á los americanos un cuarto de largo, y así atravesaron Hammersmith-Bridge, en medio de aplausos frenéticos.

Los americanos perdían, y entonces hicieron un supremo esfuerzo. Las embarcaciones volaban; parecían golondrinas que con ala impetuosa rozaban la superficie del río. Todo fué inútil, los ingleses se llevaron la palma. Ya tenían un adelanto de un cuarto de largo, hácia *Doves* fué de una mitad, y en *Oil-Mills* de un largo entero. En Chiswick-Church se adelantaron mas aun, hasta que sacaron cuatro largos de ventaja en Barnes-Bridge. Llegaron pues seis segundos antes.

La carrera duró veinte y dos minutos y diez y ocho segundos, repartidos así desde la salida:

Acab Tree..	5 minutos	15 segundos.
Hammersmith.	8	25
Chiswick-Church.	13	5
Barnes-Bridge.	18	3
Finish.	22	18

Terminaremos dando los nombres de los competidores.

INGLESES.

J. Willan, Exeter College (bow).
A. C. Yarborough, Lincoln.
J. C. Tinne, University.
S. D. Darbishire, Balliol (stroke).
J. H. Hall, Corpus (coxswain).

AMERICANOS.

Joseph Story, Fay, Boston (bow).
Francis Ogden Lyman, Hilo, Sandwich Islands.
W. A. Simmonds, Concord, Massachusetts.
Alden Porter, Loring, Boston (stroke).
Arthur Burnham, Chicago (coxswain).

C. P. D.

El bello ideal del matrimonio.

(Continuacion.)

En honor de la verdad, debo decir que si la esposa de Antonio había pensado en el artista, este no había dejado un solo instante de recordar la angelical belleza de su discípula.

Pero sus pensamientos no habían sido tan inocentes, tan immaculados como los de Julia.

Ella admiraba en él el genio, la superioridad.

El se sentía dispuesto á olvidar ciertos deberes muy sagrados, porque descubría en Julia bellezas que le fascinaban y que podían apasionarle.

Para demostrar cuál era su respectiva actitud, baste decir que Julia podía mirarle sin inmutarse, y que él bajaba los ojos, cuando por casualidad se encontraban con los de Julia.

Hecha esta aclaración preliminar, continuemos.

— ¿Con que tanta afición tiene Vd. á la música? preguntó Enrique.

— ¡Oh! mucha.

— Todas las almas elevadas poseen ese dulce sentimiento de lo bello, y que yo tratándose de la música, llamaria de lo sublime.

— ¡Ah! sí, yo pienso como Vd. Todas esas emociones que experimenta el alma y que no tienen palabras con que darse á conocer ni en los idiomas ni en las miradas, encuentran un lenguaje perfecto en la música.

— A la que sin embargo califican algunos de un agradable ruido.

— Los que no la comprenden.

— No se ofenderá Vd., amiga mía, pero veo con pena que Antonio es uno de ellos.

— No lo crea Vd.; sus ocupaciones le impiden detenerse á gozar este inmenso deleite; pero si se detuviera, gozaria.

— ¡Oh! no, le conozco desde hace mucho tiempo: siempre ha sido lo mismo, un excelente amigo, un hombre honrado, un corazón de oro, pero enemigo declarado de todo lo que es poesía; verdad es que todo el mundo participa de su misma indiferencia.

— No lo crea usted.

— ¡Ah! sí, señora; por eso cuando un artista halla en medio del desierto de la vida un alma que le comprende, su alegría raya en locura, su entusiasmo en delirio. Yo frecuento los salones mas elegantes de Madrid, encuentro en ellos á los hombres mas eminentes, á las mujeres mas distinguidas; todos oyen con benévola atención cualesquiera de mis composiciones, me aseguran que son sublimes, que les han producido una gran sensación, y estos hombres, estas mujeres que parecen conmovidos mientras me hablan, pueden un minuto despues murmurar del prójimo, tomar un queso helado, ó hacer los honores al jamon en dulce, á la lengua escarlata y á los demás accesorios que acompañan á un té.

Julia no sabía qué contestar: el lenguaje de Enrique parecía expresar sus sentimientos.

El artista hablaba con sinceridad.

— Perdóneme Vd., añadió, si le molesto con mis quejas, pero Vd. me comprende, y este desahogo que es un egoísmo, es tambien una necesidad de mi alma. Créame Vd., no cambiaria este momento por uno de esos triunfos que el ciego entusiasmo de los pueblos tributa á sus mas grandes hombres. Hay seres que necesitan muchos años para vivir un minuto; yo vivo un siglo en un segundo. Una frase de Weber, por ejemplo, es para mí una vara mágica que descorre á mis ojos todos los velos de la fantasía; una modulación de Bellini me enseña hasta las mas recónditas fibras del corazón humano; la música es mas que la elocuencia; ¡ah! sí, la *Marsellesa* ha cambiado la faz de un pueblo, el genio que habla á las masas con la música puede convertir á los libres en esclavos, y hacer que los esclavos rompan sus cadenas.

Podria seguir copiando al pié de la letra el discurso del pianista; pero para que mis lectores no califiquen de *música* mi relato, solo añadiré que Enrique, que era un verdadero artista, se entusiasmó con la elocuencia del genio y de la convicción, reasumiendo en su peroración un completo curso de estética.

Julia le oía como si el músico ejecutase en el piano un nocturno de Rawina, una fantasía de Mendelshon ó una sinfonía de Beethoven.

Tres horas le parecieron un instante; pero las bugías del piano se consumieron, y doce campanadas que con una inflexibilidad cruel dió el reloj que estaba en la chimenea, recordaron á Enrique que no podía prolongar mas tiempo la primera lección.

— Soy un maestro detestable, dijo el joven levantándose.

— ¿Por qué?

— Porque he charlado por los codos y no he cumplido mi deber, suplicando á Vd. que tocara el piano, para empezar á desempeñar la misión que he aceptado.

— He tenido mucho gusto en oír á usted.

— Es Vd. muy amable; pero la verdad es que he hecho á Vd. perder el tiempo (1). Pasado mañana procuraré no subirme á las nubes.

Esta transición byroniana produjo mal efecto en Julia, quien despues de haber escuchado á Enrique con entusiasmo, le despidió con frialdad.

El artista se fué y Julia se quedó pensativa.

Poco á poco fué olvidando las últimas palabras del pianista para deleitarse recordando las revelaciones que le había hecho.

— ¡Oh! exclamó al fin; ¡posee un alma privilegiada!

Al formular esta opinión era la una y media, y Antonio entraba en su casa despues de haber pasado la noche en un piélago de números.

El ministro había aprobado sus proyectos, le había prometido autorizar la concesión del ferro carril, y volvía á su casa ébrio de gozo.

Su ayuda de cámara abrió la puerta.

— Buenas noches, señorito.

— ¡Hola!... es ya tarde, ¿no es verdad?

— La una y media.

— Estoy seguro de que se os ha pasado la noche sin sentir, oyendo tocar el piano desde la antesala.

— ¿El piano?

— Sí, hombre.

— Señorito, ó yo estoy sordo, ó el piano no ha dicho en toda la noche esta boca es mía, contestó el doméstico con mas malicia que caridad.

Antonio se dirigió al gabinete.

— Julia, mi querida Julia; exclamó; abrázame, estoy de enhorabuena... ya me hablarás de tu música; permíteme antes que hable yo de mi ferro-carril. El ministro me ha confesado esta noche que soy el gran pensador del siglo, y lo que es mas, me ha prometido publicar en la *Gaceta* la concesión antes de cuatro dias. Mi negocio está hecho; y en la próxima primavera, cuando tu jardín te dé flores, mis obligaciones del ferro-carril me darán billetes de Banco.

Julia oyó esta fausta noticia con frialdad.

Desde la esfera en donde estaba su pensamiento hasta la concesión que tanto entusiasmaba á Antonio, había una distancia tan grande, que ni en ferro-carril podía recorrerla la mujer ideal que voy dando á conocer á mis lectores.

— ¿No te alegras de mi buena fortuna? dijo Antonio.

— Sí, contestó Julia, mucho; pero mas me hubiera alegrado que hubieras estado aquí... Tu amigo es un gran talento.

— Toca admirablemente.

— Habla mejor aun.

— Sí, pero yo supongo que lo que tú deseas, es perfeccionarte en el piano; no aprender á hablar.

Hubo una pausa que duró diez minutos.

— Vamos, dijo de pronto Antonio, no te enfades conmigo; ya sé que te entusiasmas con la música... perdóname si he sido brusco y si he turbado tu dulce ensueño hablándote de mi ferro-carril; yo me enmendaré; pero estoy muy contento, soy muy feliz y te amo mas que á mi vida.

Al decir esto se sentó Antonio sobre el brazo de la butaca en donde estaba Julia, estrechó las manos de su esposa y acercó sus labios á su rostro.

Julia le presentó la frente.

— Decididamente la música es el mayor enemigo del matrimonio, se dijo Antonio; y cogiendo una bugía se fué á acostar.

Julia no tenía sueño, y leyó muchas páginas del *Ra-fael* de Lamartine.

Al fin se retiró y se quedó dulcemente dormida, pensando que no estaba sola en el mundo.

— ¡Al menos hay quien me comprende! se dijo.

VII.

UN INVIERNO EN UN CAPÍTULO.

Un mes despues de la primera lección, sabía Julia tocar el piano tanto como antes de conocer á Enrique.

En cambio había interpretado idealmente con su maestro las mas encantadoras páginas de los compositores alemanes.

Por este tiempo había colocado Antonio todas las acciones de su ferro-carril, y se vendían con prima en la Bolsa, porque el negocio ofrecía pingües ganancias.

Preocupado con su empresa, apenas hacia caso de la

(1) El autor de esta historia desearia que los maestros de música hiciesen perder el tiempo á sus discípulos de este modo. Lo que perjudicase á la agilidad de los dedos, lo ganaria el alma de los alumnos.

música de su mujer, aunque era siempre el mismo para ella, aunque á cada momento le daba pruebas de su acendrado cariño.

Julia iba poco á poco separándose del pensamiento de Antonio, para entregarse por completo á las emociones artísticas que las palabras, mejor dicho, que las teorías con que ilustraba su maestro sus lecciones prácticas, despertaban en su alma.

La amistad de Enrique y Julia fué inmensa, y la esposa leal, incapaz de faltar en lo mas mínimo á sus deberes, confiaba al artista sentimientos que ocultaba á su marido.

Enrique por su parte se habia apasionado de Julia. Aunque su conciencia le apartaba de la senda fatal que recorria, la belleza de la jóven, su alma purísima, las seducciones de que estaba rodeada, eran otros tantos incentivos.

Despues de una lucha febril, venció el amante al amigo, al caballero, y Enrique resolvió fomentar su pasión y consagrar su vida á satisfacerla.

Jugar con música, es sobre poco mas ó menos lo mismo que jugar con fuego.

La confianza con que Julia le trataba, el interés que se tomaba por él, le hicieron creer que era amado, y para convencerse faltó una semana entera á casa de su discípula.

La ansiedad de Julia durante estos eternos siete dias fué inmensa; pero instintivamente ocultó á Antonio las angustias de su situacion.

Cuando volvió Enrique notó que su discípula se habia desmejorado; y como le recibió con una alegría sincera y entusiasta, creyó asegurado su triunfo.

El hombre mas honrado puede llegar á ser el mas culpable, si no sabe vencerse en el primer momento.

Enrique, al confiar á Julia sus sentimientos artísticos, hablaba con la mejor buena fe del mundo, sin otra intencion, sin otro objeto que el de desahogar su alma, condenada al silencio bajo la careta social de la galantería.

Julia le oia, sin que las palabras del artista hirieran en lo mas mínimo, no ya el pudor de la mujer, sino tampoco el pudor de la esposa, que es mas bello y mas puro que aquel.

Su amistad fué engendradora por el mutuo entusiasmo de sus almas, y la costumbre que hasta en el mundo ideal ejerce su irresistible imperio, los unió con lazos al parecer indisolubles.

El primer sentimiento progresó convirtiéndose para Julia en una especie de religion, para Enrique en uno de esos amores que forman época en la vida de un hombre, que son el impulso hácia el bien ó hácia el mal.

— ¡Cuánto he sufrido estos dias! le dijo Julia. Esta frase, que brotaba del corazón de la jóven con la pureza del manantial que se abre paso entre las rocas, fué considerada por Enrique como un triunfo.

— Yo tambien, contestó; y calculando como un diplomático, añadió: pero ha sido preciso esta ausencia, y todavia ha de repetirse por nuestro bien. Julia, mañana tengo que emprender un viaje.

— ¡Qué va á ser de mí en este tiempo!... He sido tan feliz recorriendo con un amigo esos mundos fantásticos que me embelesan... ¿Y cuándo volverá usted?...

— ¿Cuándo, Julia... usted me lo pregunta?

— Nada mas natural.

— Pues bien, es muy posible que no vuelva.

— No comprendo... dijo Julia asombrada al notar en el rostro de Enrique una emocion extraña.

— En ese caso no me pregunte Vd. nada... mañana salgo de Madrid para refugiarme en un rincón de Navarra... allí permaneceré toda mi vida renunciando á la gloria y á la felicidad, si no acude á buscarme á mi destierro una palabra de esperanza; pero si un dia llega á mis manos una carta con esta frase: «Vuelva usted» y al pié de esta línea leo el nombre de mi mejor amiga... el nombre de Vd., Julia, volveré.

Julia comprendió entonces lo que Enrique queria decirle, y se estremeció.

— Sí... Enrique, sí, exclamó; váyase usted.

El artista partió, y al dia siguiente anunció á Antonio en una carta que tenia que ausentarse de Madrid por algun tiempo.

— Me alegro, dijo este á Julia; así suspenderás tus lecciones y harás algunos sacrificios en aras de mi ferrocarril, que ha de hacernos dejar atrás á Salamanca, *sin salir de Madrid*.

Julia no contestó.

Hacia algunas horas que no se apartaba de su mente una idea que le hacia temblar.

— En primer lugar, añadió Antonio, tus tíos se quejan con razon de lo poco que los visitas; será preciso verlos con mas frecuencia. Además, mi posición actual me obliga á frecuentar ciertos salones, en donde un marido está muy mal sin su cara mitad. Mis accionistas dirán cuando me vean solo, que el que es capaz de abandonar á su mujer, es por lo menos un abandonado, y por lo tanto nada á propósito para cuidar bienes ajenos. Sé que esto es un martirio para tí, sé que la sociedad te causa horror, pero no hay mas remedio que soportar en todo el invierno media docena de bailes, una de té, y docena y media de conciertos. ¿Cuento contigo?

— Sí, dijo Julia, pensando que tal vez de este modo se distraeria, y olvidaria la novela que apenas comenzada le amenazaba con un desenlace terrible.

Pero se engañaba de medio á medio.

Por complacer á Antonio se adornó con mas esplendidez que nunca, y asistió á esas funciones de gran tono

que desde lejos parecen tan fascinadoras y desde cerca tan prosaicas.

Bajo la seda y los encajes, bajo las perlas y los brillantes latía un corazón siempre agitado.

Los ojos de Julia no veían mas que la imagen del hombre que realizaba su bello ideal.

La ausencia, la distancia aumentaba su prestigio; y como al mismo tiempo Antonio, entregado por completo á sus negocios, se alejaba de ella, todo concurría á sostener su ilusión.

— No, se decia, no faltaré por nada del mundo á mis deberes, no amaré á nadie en el mundo, jamás mancharé mi alma con el mas leve pensamiento de infidelidad; pero yo necesito para vivir esa felicidad que existe, que he sentido, que he gozado; yo necesito romper los lazos que me unen á la tierra y correr en busca de esas emociones que son el rocío de mi alma.

Los bailes, las visitas, las ganancias de su marido avivaban su idealismo, y los insomnios, la opresión de su pecho debilitando sus fuerzas, imprimían en su rostro las huellas de una de esas enfermedades morales que minan la existencia.

Veinte dias transcurrieron y le parecieron una eternidad: en ellos su imaginación inquieta fomentó una terrible lucha entre el deber y la necesidad.

Pasaron diez dias mas, y su salud quebrantada comenzó á inspirar temores á Antonio y á sus padres adoptivos.

— Nada, nada, dijo su cariñoso marido; se acabaron los bailes y los conciertos; lo principal es que te restablezcas.

— ¡Ah! gracias, dijo Julia, estrechando la mano de Antonio con verdadera gratitud.

Despues de haber luchado mucho, habia hallado una transacción, ó mejor dicho un pretexto para triunfar de un modo favorable á su idealismo.

— No, se dijo, no es faltar á los deberes de esposa buscar un alma noble y pura, esa emocion que necesito para vivir. Enrique me ama, es cierto; pero su amor está limitado en la esfera radiante de nuestra fantasía. ¡Ah! sí, que vuelva.

Y acto continuo cometió la primera infidelidad positiva, escribió la frase que Enrique deseaba, y la envió al retiro del jóven.

El artista volvió, y al ver á Julia notó que su separación habia influido poderosamente en favor de sus proyectos.

Despues de su primera entrevista, se dijo Enrique:

— ¡Ah! ya es mía.

Instintivamente se hizo desde aquel dia mas amigo de Antonio; y, cosa extraña, Enrique, que no era calavera, que vivía mas con su alma que con sus sentidos, quiso impulsar al marido de Julia por una senda que afortunadamente no corría Antonio, porque la habia conocido antes de unirse con su adorada esposa.

Enrique queria justificar su conducta pervirtiendo á Antonio.

Pero no lo consiguió.

Tres meses transcurrieron sin sentir para el maestro y su discípula.

Sus excursiones á lo ideal animaban á Julia y encendían mas y mas la pasión de Enrique.

Ya se sabían de memoria todos los sentimientos de Bellini y de Donizetti; ya habian interpretado todas las fantasías de los compositores alemanes; ya habian profundizado hasta las sombras del corazón.

La música les habia revelado todos los secretos del alma, y en una de las últimas noches del mes de abril, es decir, cuando terminaba el invierno y la primavera empezaba á sonreír, pasó una escena que bien merece referirse en capítulo aparte.

VIII.

EL PRIMER DESENCANTO.

O si no, para causar menos molestia á los lectores, la contaré en algunas líneas.

Enrique habia llegado al límite del amor platónico.

El tiempo volaba, y él queria detenerle.

Julia vivía tranquila y satisfecha, porque estaba en su centro.

Los tesoros de poesía que daba á Enrique eran, por decirlo así, el excedente de su *Haber* conyugal.

Julia hubiera podido vivir muchos años de aquella suerte.

Enrique iba olvidándose poco á poco de que era artista.

El alma de Julia se borraba á sus ojos al paso que se le aparecían con mas fuerza que nunca las gracias, los encantos femeniles que atesoraba.

La pasión avanzaba hácia el crimen.

Llegó la noche del mes de abril que he mencionado antes.

Antonio salió por la mañana de Madrid para asistir á la inauguración de las obras de su ferrocarril, y Enrique creyó llegado el momento de realizar sus apasionados deseos.

Julia estaba sola y le amaba; ¿qué mas podia desear?

Enrique se presentó á su discípula, y ella notó en sus ojos un brillo siniestro.

Como desconocía el peligro, no lo temía.

Despues de un preámbulo, del que hago omisión, por gracia á mis lectores, abordó Enrique la cuestión.

— Julia, exclamó, es necesario que yo confíe á usted la pasión que me abrasa. Sé que faltó á un sagrado de-

ber, que soy un malvado; pero tambien sé que no puedo vivir condenado á un eterno silencio. Yo he tenido ocasion de adivinar los tesoros que encierra Vd. en su alma; tesoros que su esposo de Vd. desprecia, porque no los comprende. Si yo la hubiera conocido á usted antes que él, la hubiera ofrecido mi vida; pero la suerte no lo ha querido, y sin embargo, no puedo vivir sin Vd. La amo á Vd., Julia; la amo con un amor que es toda mi existencia; y si Vd. no participa de este sentimiento que llena mi alma, no me queda mas consuelo que la muerte.

Julia experimentó una emocion que ni ella misma podia explicarse.

— Enrique, dijo, ¿no posee usted mi amistad, no conoce Vd. todos los secretos de mi alma, no vivimos unidos en el mundo ideal en donde nos hemos hallado?

— ¡Ah! sí; pero eso no basta á mi pasión. Yo necesito que Vd. sea mia, exclusivamente mia; que ningun otro me robe su cariño, aunque tenga derecho para ello... Si Vd. me ama, es preciso que viva Vd. para mí solo. ¡Ah! pronuncie usted una palabra, y partiremos juntos... lejos, muy lejos: en un rincón del mundo seremos los seres mas felices.

Esta proposición heló la sangre de la mujer ideal.

— ¿Qué dice Vd.? exclamó con asombro é indignación.

— Digo que te amo, que mi pasión no tiene límites, añadió Enrique cayendo á sus piés y queriendo estrechar su cintura, digo que necesito beber el amor en tus labios... Julia, ágame... porque si me desprecias, me condenas á muerte.

— ¡Ah! exclamó Julia con amargura, ¡tambien él es como todos!

Y tomando esa actitud de la mujer inmaculada que quiere hacer valer su dignidad:

— Caballero, le dijo, he podido ser amiga de un hombre honrado... pero nunca faltar á mis deberes. Salga usted de mi casa, y olvide Vd. que ha entrado en ella; de lo contrario, llamaré, y mis criados arrojarán al miserable que ha pensado un momento en un triunfo indigno de un alma bien nacida.

La entereza, la solemnidad con que pronunció Julia estas palabras, anonadaron á Enrique.

— Señora... balbuceó, perdone Vd. mi atrevimiento.

— Le perdono y le compadezco... Adios para siempre. Julia se retiró.

Enrique quedó un instante poseído de una inmensa desesperación.

La idea de matarla cruzó como un relámpago por su mente.

Un rayo de luz penetró en su corazón.

— No... soy un mirerrible, se dijo, y abandonó la casa de su amigo.

Al dia siguiente partió á Cádiz con el propósito de embarcarse para América.

Julia pasó toda la noche llorando.

El desengaño que acababa de sufrir era cruel, y no esperaba hallar consuelo á su dolor.

Dos dias despues volvió Antonio.

— ¿Estás enferma? preguntó á Julia al verla.

— Sí, me hallo mal, mis fuerzas decaen.

— ¡Pobre esposa mia! ¿Qué hacer para restablecerle? ¿Te agradaría viajar?... Deseas visitar la Italia y la Suiza; ¿quieres realizar tus deseos?

— ¡Ah! sí, sí, dijo Julia, viendo en esta proposición su ánora salvadora.

— Pues bien, Julia mia, yo no puedo acompañarte, pero rogaré á tus padres adoptivos que te acompañen. Pasarás el mes de mayo en Italia, el de junio en Suiza, y á mediados de julio te tendré preparada en Biarritz una preciosa casa de campo, y me hallarás en ella mas amante que nunca. ¿Te agrada mi programa?

— Sí... sí... ¡Cuán bueno eres! dijo Julia estrechando con efusión la mano de Antonio.

— Al menos, pensó, esos países bellísimos, Italia con su cielo y sus tradiciones, sus estatuas y sus cuadros; Suiza con sus cabañas y sus aldeanos, con sus montañas y sus pintorescos paisajes, calmarán esta sed de emociones, esta sed de poesía que devora mi alma.

Y pensando en los países que veía con su imaginación, se olvidó de Enrique, le perdonó y hasta le compadeció.

— No ha podido vivir en el mundo ideal, dijo, ¡ah! desgraciado.

Dos dias despues, se trató en consejo de familia del viaje, y el 6 de mayo salió Julia de Madrid con sus padres adoptivos.

Antonio lo sintió; pero si Julia recobraba la salud, ¿qué mas podia pedir?

Abandonémosle para seguir á Julia en su nueva excursión á lo ideal.

IX.

DE CERCA Y DE LEJOS.

El conde habia cumplido los sesenta, pero se conservaba bien; sus facciones poseían esa pureza que en la edad madura revela el juicio de la juventud.

Además era muy complaciente y tenia una afición loca á las antigüedades.

El viaje le deleitaba por dos razones: primera, porque iba á ver la historia y las antigüedades en acción; segunda, porque iba á tener infinitas ocasiones de hacer ostentación de su sabiduría en presencia de su sobrina y de su esposa.

La condesa había vivido cinco años menos que su marido; pero como no había tenido hijos, y á pesar de su posición había pasado la mayor parte de su vida en su casa, se conservaba bien, ágil, robusta, y con ese sonrosado color que en la vejez es el mas elocuente testimonio de la virtud de la mujer.

Uno y otro adoraban á Julia.

El deseo de que la jóven recuperase la salud les animaba á soportar las vicisitudes de tan largo viaje.

— Iremos por Perpiñan hasta Cetto, dijo el conde; allí nos embarcaremos, y haciendo escala en Marsella, llegaremos á Civita-Vecchia, y empezaremos nuestro viaje por Italia, visitando la Ciudad Eterna y recibiendo la bendición del Sumo Pontífice.

— ¡Excelente programa! dijo la condesa.

— ¡Oh! si, exclamó Julia; de ese modo veremos al paso á los francos aragoneses, á los rudos y laboriosos catalanes, deleitaremos nuestros ojos en el pintoresco paisaje del Ampurdan, y luego... ¡ah! luego nos extasiaremos contemplando la inmensidad del mar.

Y Julia, recreándose en este porvenir de emociones que le aguardaba, hasta se olvidó de que era esposa de Antonio Villaverde.

Los tres viajeros emprendieron la marcha, atravesaron los montuosos terrenos de la Alcarria, dejaron atrás los feraces campos de Aragon, y vieron á los francos aragoneses con su calzon corto de pana, su faja morada, sus medias azules y su pañuelo de mil colores sujeto á la cabeza en forma de turbante.

Su rostro respiraba salud, sus miembros recordaban á los atletas, sus ojos revelaban la lealtad de su alma; pero su lenguaje, demasiado libre, mitigó el entusiasmo de la jóven, que despues de oírlos, no quiso verlos.

Pisaron el suelo catalan; todo indicaba allí el trabajo del hombre, el espíritu industrial de los catalanes.

Los payeses ostentaban la garbosa *barretina*, los anchos calzones de pana azul; las payesas sus lindas mantellinas de raso blanco.

Era un día de fiesta, y se celebraba una boda en uno de los pueblos del Ampurdan.

Julia vió desde lejos la comitiva; el cuadro era precioso; él, con sus ojos brillantes y con sus cabellos negros; ella, con sus facciones que parecían modeladas en china por un escultor, recordaban dos adornos de rinconera.

— ¡Qué hermosa pareja! dijo Julia: ¡qué felices deben ser los novios!

La comitiva pasó á su lado, y Julia contemplaba á los protagonistas de la función; pero ¡oh desencanto! el novio se detuvo, y la novia, impaciente como novia y como buena catalana, dijo con ese acento que mis lectores conocen:

— *Noy, vols veni cap muns?*

— *Anem dos*, contestó el futuro.

— ¡Qué lástima!... dijo Julia; ¿por qué habrán hablado?

Al fin entraron en Cetto, y se embarcaron.

— ¡Oh! ¡el mar! ¡qué grandioso es el mar! exclamó Julia.

Y contemplando la inmensidad del proceloso piélago, cerca del puente del vapor, pasó media hora, mientras que el bueno del conde explicaba la teoría de las tempestades, recordaba los buenos tiempos de los provenzales y evocaba la imagen de la antigua Phocia, vulgo Marsella, hácia donde los conducía la embarcación.

— ¡Ah!... pensaba Julia, ¡cuán feliz sería yo si mi esposo á mi lado contemplase conmigo estas movibles aguas que surcamos, si nuestras miradas, perdiéndose en los límites de los horizontes, descubriesen ese mas allá que me deleita! ¡Cuán grande se concibe á Dios en esta soledad, en esta inmensa cárcel cerrada por el mar y por el cielo, en esta cárcel en donde las cadenas son la admiración!

Al cabo de media hora de éxtasis, notó Julia un mal-estar muy grande.

Su cabeza ardía, todo daba vueltas en torno suyo.

El conde lo observó y consiguió, acudiendo á sostenerla, librarla de una caída.

Estaba mareada.

Trasladada á su camarote, pasó la noche mas terrible de su vida.

Al llegar á Marsella, preguntó si era posible suprimir el viaje por mar para ir á Roma.

El proceloso piélago no le hacia ya ninguna gracia.

Solo conservaba para ella la poesía de una tempestad, y era porque había tenido la suerte de no experimentar.

En Marsella tuvo ocasion de sufrir algunos nuevos desencantos.

Su sorpresa fué grande.

Vió árabes con su blanco albornoz, su encarnado turbante, sus bordadas babuchas, dedicados al comercio de artículos de primera necesidad; vió griegos, descendientes de Demóstenes y Píndaro, cotizando en la Bolsa el 3 por 100 francés: judíos, que no solo no eran errantes, sino que tenían suntuosos palacios en el muelle y en la *Cannevière*.

Por último, Marsella, la concha de nácar del Mediterráneo cantada por los poetas, no le pareció un modelo de limpieza.

Sabido es que las aguas excusadas se permiten hacer su viaje al mar por las calles, á ciencia y paciencia de los marselleses, que de seguro gastan en perfumes la quinta parte de sus haberes.

Los tres viajeros, con el fin de evitar nuevos mareos, se dirigieron por tierra á Saboya, y admiraron sin detenerse, como se deben admirar estas cosas, los accidentados paisajes del jardín de invierno de la Europa.

Como pensaban visitar á su regreso la patria de Juan Jacobo Rousseau, se encaminaron á Turin.

Desde luego pensó Julia que los piamenteses no eran los italianos que había forjado en su imaginación.

En su rostro no había la viveza, no se pintaban las



El baron de Leys.

enérgicas pasiones de los hijos de Italia, tal como los comprendía Julia.

— Esta noche se canta en el teatro la *Sondmbula*, dijo el conde, que había leído un periódico.

— Iremos, dijo Luisa; esa ópera que es el bello ideal de la música italiana, debe entusiasmar á los que han nacido bajo este hermoso cielo, y podré á un tiempo gozar oyendo esa sublime música y viendo el entusiasmo de los espectadores.

Por la noche fué al teatro, y notó que los entusiastas oyentes tomaban helados, jugaban á los naipes en los palcos, se visitaban y conversaban mientras que se cantaba el duo

Prendi l'anel ti donno;

la romanza

Ah! perche non posso oddiarti,

y el *rondó*, que es la página mas bella del arte musical.

— ¿Será cierto que nadie es profeta en su patria? se preguntó Julia.

La condesa pasó muy buen rato observando las costumbres de las damas de Turin.

El conde refirió á las dos señoras, al volver al hotel, toda la historia del Piamonte y de la casa de Saboya.

A fin de no causar á mis lectores con la descripción de este viaje, la abreviaré todo lo posible.

Julia quiso visitar la Cerdeña para admirar la fertilidad de esta isla, pero tuvo que renunciar á su deseo porque le aseguraron que las numerosas lagunas que infestan allí el aire, eran muy peligrosas para los viajeros.

J. NOMBELA.

(Se continuará.)

El baron Enrique Leys,

PINTOR DE AMBERES.

Flandes acaba de perder uno de sus principales pintores modernos; Enrique Juan Augusto Leys ha fallecido el 26 de agosto último. Así que se supo la fatal noticia, Amberes, que le había visto nacer, se cubrió de luto, como hizo toda la Bélgica, para tributar grandes honores al eminente artista que había despertado en Flandes la afición, el sentimiento y habilidad con que se distinguió en pasadas épocas.

Nacido el 18 de febrero de 1815, Enrique Leys era muy jóven todavía cuando estalló aquella revolución á que debió la Bélgica el ser independiente. Frecuentaba los cursos superiores de la Academia de Amberes, y como todos los jóvenes de su edad, se hizo notar por su ardiente patriotismo. En 1833 expuso su primer cuadro, *Combate de un granadero contra un cosaco*, en el cual se veían ya sus excelentes cualidades de dibujante y colorista.

Sobre su tumba entreabierta se ha dicho, con mucha verdad, que lo que Leys quería era reanudar las interrumpidas tradiciones del arte flamenco: no quería hacer nada que no tuviera el sello nacional. Mucha fuerza de carácter se necesita para llevar á buen fin una empresa semejante, sobre todo en una época en que el arte tiende á hacerse cosmopolita. Todo el que ha visitado Amberes en los últimos veinte y cinco años, puede decir lo que obtuvo Enrique Leys permaneciendo siempre fiel á su propósito. Nadie mas popular que él, y los habitantes de Amberes se enorgullecían tanto con su pintor como en las épocas de los Rubens y los Van-Dyck. La ciudad celebraba todos los honores que recibía, cuando le nombraron caballero, y luego comendador de la orden de Leopoldo; cuando le hicieron caballero, y luego comendador de la Legion de Honor; cuando le dieron el título de baron, y cuando obtuvo la gran medalla de oro en las dos exposiciones de Paris. Amberes tambien contribuyó á estos triunfos con una corona de oro, que fué el favor que mas agradeció el grande artista.

Entre los cuadros mas célebres de Leys, despues de la *Promenade hors des murs* y el *Nouvel an en Flandre* que figuraron en la Exposición de 1855 y resumen admirablemente todo el pensamiento del maestro, citaremos algunos de ellos al acaso, y sin tener en cuenta las fechas: *Faust et Marguerite*, les *Chapeurons blancs sous Philippe le Har-*

di, la *Furie espagnole*, le *Bourgmestre Six chez Rembrandt*, le *Massacre des magistrats de Louvain en 1379*, *Faust et Wagner*, *Une execution au moyen age*, *Famille de gueux se défendant contre les espagnols*, *Un interieur de paysans*, *Côte avec des pêcheurs*, *Un prêche*, *Bohémienne disant la bonne aventure á un brigant*, *Vestibule avec un escalier antique*, *Albert Durer á Anvers*, *Mendiants demandant l'aumône á une famille riche*, *Une noce au dix-septième siècle*, le *Roi des arbalétriers*, *Frantz Floris se rendant á une fête donnée par la confrérie de Saint-Luc*, *Une fête de famille en Bretagne*, *l'Intérieur de l'atelier du peintre*, etc., etc. Omittimos muchos; pero los que citamos son los que se conocen mas generalmente.

No olvidemos: *Marguerite de Parme remettant les clefs de la ville aux magistrats d'Anvers*, fresco que Leys ejecutó para las Casas consistoriales de su pais natal. En un cuadro al óleo resumió esta composición, y este cuadro pasa por su obra maestra. Le guardaba en su casa, y allí pudieron verle las numerosas poblaciones que acudieron de todos los puntos de Bélgica para asistir á sus funerales, pues justamente estaba en la sala donde se levantó el catafalco, y hubo muchas manos piadosas que le cubrieron de coronas de siemprevivas.

¿Qué diremos de las honras fúnebres tan extraordinarias que se han hecho á Leys?

Dos palabras no mas.

Un pais se hace honor á sí mismo cuando sabe comprender que su verdadera gloria proviene de sus grandes hombres, artistas, industriales, sabios y pensadores, cuyo nombre se trasmite de edad en edad cargado con las bendiciones de los pueblos.

J. B.